

La Isla del Príncipe

Basada en la serie de TV, adaptación de las novelas de
LUCY MAUD MONTGOMERY



Comienza
el viaje

Lectulandia

La vida de Sara Stanley cambia bruscamente cuando su adorado padre se ve amenazado con la ruina económica. Para protegerla del escándalo, su padre decide alejarla de su mansión de Montreal y enviarla junto con su niñera a Avonlea, en la isla del Príncipe Eduardo, lugar donde nació su difunta madre y donde tiene parientes a los que no ha visto nunca. Así comienza el viaje de Sara por el camino de Avonlea y por esta serie de relatos que en libro y en televisión nos emocionan y nos divierten.

Lectulandia

Dennis Adair & Janet Rosenstock

Comienza el viaje

La isla del Príncipe - 1

ePub r1.0

Titivillus 18.01.16

Título original: *The journey begins*
Dennis Adair & Janet Rosenstock, 1991
Traducción: Lorenzo F. Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo uno

—Ven aquí —urgió *nanny* Louisa—. ¿Otra vez soñando despierta?

Sara Stanley caminó hasta su niñera. Era un día espléndido y maravilloso, de esos días que sólo se dan a finales del verano. Los jardines de Westmount, el barrio de Montreal donde Sara vivía con su padre, estaban bien atendidos, con sus setos perfectamente recortados y sus cuidados parterres llenos de capullos que florecían a finales de verano. Los ojos de Sara se posaron en las hileras de crisantemos de brillantes colores, que se agitaban como bailarinas en sus largos tallos.

—Sólo pensaba en que parecía como si las flores estuviesen bailando un vals — confesó Sara.

—Siempre me sorprenden las cosas que te vienen a la cabeza, Sara Stanley —dijo *nanny* Louisa sonriendo.

La niñera de Sara sabía que la niña era muy imaginativa, dada a ensoñaciones románticas. Los que conocían a la niña, de doce años, o la envidiaban o la compadecían.

—Una pobre niña solitaria —decía un conocido con un suspiro cada vez que veía a Sara con su niñera.

—Una niña consentida que pasa demasiado tiempo con adultos —susurraba otro.

—Debería tener amigos con los que jugar —insistía otro.

—¡Imagínate, llevar una niña a Egipto! Es un escándalo. ¿Quién sabe lo que habrá podido ver en un sitio como ése? —comentaba indignada una solterona.

Los que se compadecían de Sara Stanley sabían que viajaba mucho, que tenía pocos amigos de su edad y, sobre todo, que su madre había muerto cuando ella sólo contaba tres años de edad. Los que la envidiaban pensaban que su niñera atendía todas las necesidades de Sara, que su padre la consentía y que se gastaba mucho, demasiado, en ropas, juguetes y tutorías.

La verdad era más complicada. Sara era un misterio para mucha gente, y a veces hasta para ella misma. En un momento podía sentirse confiada y valiente, y al siguiente algo asustada e insegura de sí misma.

Sara y su niñera entraron en la avenida Victoria, una calle ancha bordeada de viejos abetos cuya sombra protegía la acera del calor de finales de agosto. Las damas y caballeros que paseaban por ella iban vestidos con elegancia. Las mujeres llevaban maravillosos sombreros españoles de paja de verano rematados con lazos de satén y delicadas flores de seda. Muchas llevaban parasoles y todas olían a sus saquitos de flores aromáticas, a *eau de cologne* o a delicados perfumes.

Sara apretó la mano de la niñera y se adelantó. La niñera era una mujer pequeña, y como era pequeña, además de anciana, caminaba con lentitud, con demasiada lentitud para Sara, que sentía la necesidad de correr.

—No te alejes demasiado —le advirtió—. Aminora el paso y vuelve aquí, Sara.

Se apresuró tras ella sujetándose el sombrero de paja precariamente aposentado

sobre su gran moño gris. Unos mechones de cabello se soltaron y le acariciaron la frente, y las gafas le resbalaron por la nariz.

Sara se detuvo y esperó a que la alcanzase. Cuando era más joven, la niñera Louisa había jugado con ella, la había enseñado y cuidado. Pero ahora Sara quería hacer cosas por su cuenta. Por mucho que quisiera a su niñera, ésta siempre estaba regañándola, y solía hacerlo más a menudo cuando iban de compras, como aquel día.

—No he terminado de hablar contigo —la regañó, moviendo la cabeza—. Comprar ese vestido ha sido una extravagancia.

Sara sonrió con dulzura.

—Oh, *nanny* Louisa, ¡no te pongas así! Sabes que papá me dijo que podría elegir mi propio vestido. Además, la chica de la tienda dijo que era del color de la luz de la luna..., plateado y trémulo. ¿No te imaginas llevando un vestido del color de la luz de la luna?

—¡Hummmf! Como si la luz de la luna tuviese un color —musitó la niñera—. Además, si existiese un color así, que no existe, podrías ver a través de él porque sería transparente. ¡Del color de la luz de la luna! No sé de dónde sacas esas ideas románticas. No, no me imagino a mí misma con un vestido así. Y no te engañes, Sara Stanley, que no hay nada menos apropiado que una jovencita que se da aires.

Sara quería decir que ella *podía* ver con la mente el color de la luz de la luna, pero no importaba. La regañina le había entrado por un oído y salido por el otro. Cuando se acercaban a su gran casa, Sara pudo ver el brillante «Packard» nuevo de su padre aparcado en el camino circular de la entrada.

—¡*Nanny* Louisa! ¡Mira! ¡Papá está en casa!

Sara corrió hacia la casa; el corazón le latía con anticipación. Qué maravilloso sería cuando fuese lo bastante mayor como para acompañar a papá en todos sus viajes de negocios. No es que ahora no viajasen juntos, pero hacerlo sólo en vacaciones no le parecía suficiente a Sara. Quería estar con su padre todo el tiempo.

—¡Sara! Espérame, ¿me oyes?

La voz de la niñera era un sonido lejano cuando Sara cruzó la calle y entró en el ancho camino circular. Charles, el chófer, con su almidonado uniforme negro, estaba junto al «Packard», limpiándolo con un trapo.

—Buenas tardes, señorita Sara —dijo el chófer, inclinando la cabeza.

—Buenas tardes.

Sara pasó corriendo junto a él. Se detuvo en seco ante la puerta principal. Dos hombres salían por ella. Tenían una expresión larga y adusta en el rostro, como si acabaran de comerse un bote de pepinos amargos. Detrás de ellos, Emma, la doncella, miraba a uno y otro lado y se pasaba nerviosa la mano por su falda oscura.

—Gracias, señorita —le dijo uno de los hombres a Emma.

—Buenos días, señor —consiguió responder Emma.

A Sara le pareció como si Emma tuviera algo en la garganta. ¿Por qué lloraba? Quizá esos hombres extraños habían venido a darle malas noticias.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Sara.

Emma asintió.

—¿Dónde está papá? —preguntó, sin aliento.

—En su estudio, señorita Sara, pero no debe...

Sara pasó junto a Emma y corrió pasillo abajo hacia la escalera que llevaba al estudio de su padre en el segundo piso.

Nanny Louisa llegó por fin a la entrada.

—Esa niña es incontrolable —dijo, sonriendo.

Emma seguía en el umbral, con el rostro ceniciento y lágrimas surcando sus mejillas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó la niñera, posando una mano en el brazo de Emma.

Emma apretó los labios.

—Oh, ¿no ha oído las noticias? Es terrible. No sé lo que va a pasar.

La niñera frunció el ceño.

—Deja de llorar —dijo con severidad—. Ahora vamos al saloncito y me cuentas lo que ha pasado. Cuéntamelo con calma y de forma racional. El llorar nunca ha servido para nada. Te taponan la nariz y enrojece los ojos. Resulta muy poco atractivo y estoy segura de que es innecesario.

Emma miró al adusto rostro de Louisa y prorrumpió en sollozos más fuertes aún.

—¡Terrible! ¡Es terrible! ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué?

Capítulo dos

Cuando Sara corría para dar la bienvenida a su padre recién llegado de Inglaterra no podía suponer que en ese mismo instante se enfrentaba al momento más difícil de toda su vida.

Abrió de par en par la puerta de su amplio estudio. La gran butaca de cuero —su favorita— estaba vacía, y había un desconocido a su lado. Era alto y vestía un traje oscuro. Tenía un fino cabello y una seria expresión en su angulosa cara.

También había otros dos hombres, a quienes Sara reconoció. Estaban sentados en las tres sillas de respaldo recto que había frente al imponente escritorio de su padre, de pulida madera de ébano. Uno tenía un bigote recto, y el otro llevaba unas curiosas gafitas y una barba. Pero fue su padre quien atrajo toda su atención. Parecía cansado y tenso, y Sara corrió preocupada hacia él.

—¡Papá! ¡Has vuelto! ¡Te he echado mucho de menos! —Enterró la cara en su pecho, y luego alzó la mirada—. ¿Pasa algo?

Blair Stanley forzó una sonrisa.

—¡Sara! Qué maravilloso es verte, cariño.

—¿Cómo te fue por Inglaterra, papá?

Su padre la rodeó con los brazos y le dio un gran abrazo.

Fuese lo que fuese lo que quisieran los invitados, seguramente lo comprenderían. Después de todo, su papá había estado mucho tiempo fuera y se habían echado de menos. Su madre había muerto cuando tenía tres años y no tenía hermanos o hermanas. Sólo eran papá y ella... y *nanny* Louisa, claro. Pero era sólo con su padre con quien compartía el maravilloso, misterioso y secreto mundo de su imaginación. Sólo su padre comprendía sus cualidades dramáticas, sus deseos, sus sueños. Y sólo ella le comprendía a él. Era un hombre con talento, sensible y creativo. Era apuesto y valiente. A ojos de Sara, era todas las cosas buenas que podía ser una persona. Le quería mucho y, en su corazón, sabía que se necesitaban mutuamente.

—¡Oh, papá! —dijo Sara, devolviéndole el abrazo.

Esa noche todo sería como debía. Papá se sentaría en su sillón favorito, ella se sentaría en su regazo y los dos leerían, como habían hecho tantas tardes felices. Él la leería el *St. Nicholas Magazine* y cuentos de hadas de Grimm y de Hans Christian Andersen, maravillosas historias sobre hadas y duendes, reyes y reinas, princesas y príncipes. Aunque la mayoría de las veces era ella quien leía los cuentos. «Lees con mucha expresividad», le dijo un día. El cumplido hizo que siguiera intentándolo con más ímpetu. Ahora leía cada cuento como si fuera una obra de teatro. Imitaba voces, se convertía en sus personajes. Esa noche representaría una buena historia, una historia nueva y especial que le leería para celebrar su regreso.

Su padre la apartó de sí y sonrió.

—Sara, ya conoces al señor Bartholomew, mi abogado, y al señor Heinrich, mi vicepresidente.

—Hola —repuso con una sonrisa, intentando parecer cordial y amable, como sabía que quería su padre. Pero, por el amor de Dios, todos parecían tan serios. Entonces se acordó de Emma, que había estado llorando, y una sensación de inquietud la asaltó.

El señor Heinrich desplazó su peso de un pie al otro. Tenía el rostro acalorado.

—Hola, Sara. ¡Cuánto has crecido!

Siempre decía eso cuando la veía. Era un comentario bastante tonto, ya que sólo la veía cada seis meses o así. Y ella tenía que crecer.

—Y éste es el señor Stewart —dijo su padre, presentando al caballero que estaba en pie, junto al sillón de cuero.

—Encantada de conocerle, señor Stewart —dijo educadamente Sara.

Pero el señor Stewart no parecía muy educado. Se limitó a asentir. Sara miró a su padre. Tenía el ceño fruncido.

—Me temo que ahora no puedo hablar contigo, Sara. Y esta noche trabajaré hasta tarde.

¿Significaba eso que el cuento tendría que esperar? Sara miró a los preocupados ojos de su padre. No podía ocultarle nada. *Sabía* que había pasado algo.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta del estudio.

—Louisa —llamó. La niñera apareció pocos segundos después, y entonces se volvió hacia su hija—. Lo siento, Sara. Ha pasado algo, algo que requiere mi atención.

—Pero, papá...

—Te veré luego, cariño. Hablaremos antes de que te duermas. Ahora ve a tomar el té como una buena chica.

Sara frunció el ceño. Acababa de empezar la tarde. ¿Es que papá iba a encerrarse con esos hombres tan serios durante horas y horas? Su padre la miró suplicante a los ojos.

—Por favor, Sara. Ve con Louisa.

Ella titubeó, porque fuera lo que fuera lo que anduviese mal, quería que su padre lo compartiera con ella. Pero se rindió a *nanny* Louisa, que la había cogido suavemente del brazo.

Antes de salir, se volvió y lo besó.

—Prométeme que vendrás luego.

Se mordió el labio y asintió.

—Te lo prometo, Sara.

Blair Stanley esperó hasta que la pesada puerta se cerró y supo que Sara no podía oírle. Entonces volvió a su escritorio y se desplomó en la silla que había tras él. Se cubrió la cara con las manos y se preguntó, en silencio, cómo podían haber salido las cosas de esa forma tan terrible.

Recuperando la compostura, miró a sus sombríos compañeros.

—No entiendo nada de esto. ¿Qué quieres decir con que no se puede encontrar a Abernathy en ninguna parte?

Lawrence Abernathy era un contable, el hombre encargado de las finanzas de Importaciones Stanley. Había confiado en Abernathy por encima de todos los demás. Al parecer, había sido una confianza mal depositada.

Gordon Bartholomew se frotó pensativo la barbilla.

—Su señor Abernathy se ha limitado a desaparecer, Blair. Ha desaparecido.

—Importaciones Stanley se ha quedado con lo puesto —añadió el señor Heinrich—. No se limitó a coger tu dinero, Blair. Parece ser que Abernathy es un malversador profesional. Fue lo bastante ladino como para convertirte a ti solo en el principal sospechoso. Hay ordenes pagadas por anticipado por muebles caros de importación y obras de arte. Clientes importantes que no recibieron sus mercancías, y proveedores sin pagar.

—Y una buena parte de los clientes eran grandes almacenes, algunos de ellos accionistas de varias compañías —añadió Bartholomew.

—Va a haber un montón de publicidad, sobre todo cuando la noticia llegue a la Bolsa —añadió Heinrich.

—He empleado a Abernathy desde hace años... Confiaba en él para todo. —La incredulidad era evidente en la voz de Blair Stanley. Encogió los hombros y movió la cabeza—. Bueno, me temo que tendrán que ocuparse de esto, caballeros. Es imperativo que esté en Toronto la semana que viene. No puedo cancelarlo.

El tercer hombre, el señor Stewart, que había permanecido en silencio, se movió desde detrás del sillón de cuero y se acercó al escritorio de Blair.

—Me temo que no ha comprendido las condiciones de la fianza, señor Stanley. —Hablaban con calma, con voz átona—. Está usted bajo arresto domiciliario. No puede ir a ninguna parte.

Blair Stanley miró a los ojos de Stewart, mientras las terribles implicaciones de su situación empezaban a alcanzarle. Los acontecimientos se habían movido rápidamente aquella mañana en los tribunales. Bartholomew había hablado con el juez y le había convencido de que de ninguna manera iba a negarse a asumir su responsabilidad. Finalmente, le dejaron en libertad cuando Bartholomew firmó los documentos necesarios..., bonos y cosas así.

Los ojos de Blair buscaron los de Bartholomew, y éste asintió en silencio.

—Arresto domiciliario —dijo Blair con una voz ligeramente temblorosa.

Sonaba tan terrible. E inmediatamente pensó en Sara. ¿Cómo podría ocultarle esto?

Capítulo tres

Aquella noche, mientras Sara esperaba a su padre en la cama, *nanny* Louisa bajó de puntillas al oscuro vestíbulo. Dio gracias al cielo por que la alfombra fuese lo bastante tupida como para amortiguar el sonido de sus pasos y rezó para que los platos de la bandeja que llevaba no traqueteasen y temblasen.

Se detuvo ante el estudio. Por debajo de la puerta cerrada podía verse el triángulo de luz que proyectaba la lámpara de mesa de Blair. Abrió la puerta en silencio y con precaución, sosteniendo la bandeja con mano experimentada, se deslizó al interior.

Blair alzó la mirada. Era extraño, admitió, nunca se había dado cuenta de lo vieja que era *nanny* Louisa... Hasta ese momento no había pensado en su edad. Pero aquella noche, tal como iba vestida, con su bata de terciopelo negro y el cabello gris recogido en un moño, *parecía* más vieja de como la recordaba normalmente. Pues claro, se dijo, debía tener ya cerca de sesenta años cuando Ruth, su mujer, murió, nueve años antes. Louisa también había sido su niñera, pero no podía recordar el aspecto que tenía entonces. Siempre había estado con él. Su presencia era algo que daba por supuesto.

Qué amable había sido: le había traído algo de cenar. La miró, movió la cabeza y agitó la mano.

—No, por favor, Louisa, querida. No tengo hambre.

—Tienes que comer —dijo Louisa con firmeza. Era un tono de voz que conocía muy bien. Solía hablar con Sara en ese mismo tono, y el cielo sabía que lo había usado con él cuando era un niño. Louisa era estricta, pero buena. Era como un viejo sauce que podía inclinarse, y era feroz cuando tenía que defenderlos a él y a Sara.

Alzó una arqueada y afilada ceja.

—Eres muy voluble con el estómago vacío. Incluso cuando eras más joven te ponías de un taciturno...

—Vamos, *nanny* Louisa, no insista —dijo él cansado.

Ella depositó la bandeja ante él y se inclinó sobre el escritorio.

—Ahora, quiero que me digas lo que está pasando, Blair Stanley —le dijo, como si todavía tuviese diez años—. ¡Emma y el cocinero están abajo hablando de bancarrotas y arrestos domiciliarios y Dios sabe qué más!

La miró a los ojos. No eran tan azules como lo habían sido en el pasado, y sabía que ya no veían tanto. Pese a lo firme que pudiera parecer su voz, sus ojos no eran acusadores, sino preocupados. Curiosamente, sus preguntas le reconfortaron. Podía contar con la sensatez de *nanny* Louisa. Era la mujer más sensata que existía. Casi demasiado sensata.

—¿Y bien? —preguntó, cuestionando su silencio.

—Me temo que deposité demasiada confianza en mi contable, el señor Abernathy. Louisa cruzó los brazos desafiante.

—¡Humph! Así que el señor Abernathy resultó ser todo fachada y nada de

sustancia, ¿eh? ¡Nunca me fié de ese filisteo de dos caras! ¿Significa eso que es verdad lo que he oído abajo?

Blair asintió.

—Cuando volví de Inglaterra me presentaron una orden de arresto.

—¿De arresto? Eres un hombre con una gran reputación. Seguramente, ningún tribunal aceptaría su palabra contra la tuya.

—Me temo que no es una cuestión de palabras. Abernathy cubrió bien su rastro. Se llevó el dinero y desapareció. Tendré que compensarlo todo... y eso me arruinará.

Blair meneó la cabeza como si no pudiera creer sus propias palabras.

—¿Tienes bastante para pagar todas las reclamaciones que se te hacen?

—No es probable, Louisa. Quizá vaya a la cárcel.

Louisa respiró profundamente, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—¡Oh, Blair!, ya es muy malo para ti, pero ¿qué será de Sara?

Blair la miró fijamente.

—Sara es lo que más me preocupa. Hay que protegerla de esto, cueste lo que cueste. No quiero arrastrarla por algo que no puede comprender todavía. Tendré que tomar muchas decisiones difíciles sobre el negocio, Louisa, pero ¿qué *puedo* hacer con Sara?

Louisa se volvió y caminó lentamente hasta la fría y vacía chimenea.

—Sí, hay que protegerla. Debe pasar una temporada lejos. Hasta que se pruebe tu inocencia.

—Eso sería lo ideal. Pero ¿a dónde podría ir? Os enviaría encantado a las dos a Europa, pero no tengo dinero para ello.

Nanny Louisa caminó ante la chimenea, antes de detenerse bruscamente.

—¿No tenía Ruth parientes en la isla del Príncipe Eduardo? Sí, eso sería perfecto. Sara no estaría allí bajo constante examen. Está a un millón de kilómetros de ninguna parte, pero tengo entendido que es muy agradable.

Blair se levantó desafiante, con su voz casi explotando en un grito.

—¡Por encima de mi cadáver! Nunca le daré a la arrogante hermana de mi mujer la satisfacción de conocer mi situación financiera. Nunca quiso que me casara con Ruth. Recordarás que te he hablado de Hetty King. No, no; eso está fuera de lugar.

Louisa dio media vuelta para mirarle a la cara. También podía llegar a ser muy enérgica, y tal como lo veía ella, Blair no tenía muchas opciones.

—Tu orgullo está interfiriendo con tu sentido común. Hetty no tiene por qué conocer tu situación. Límitate a enviar un cable diciendo que tienes que irte de viaje de negocios y que es el momento ideal para que Sara conozca a la familia de su madre.

Blair miró a Louisa. Contuvo el aliento, pensando cuidadosamente en su firme sugerencia, y luego asintió con lentitud.

—Supongo que eso podría servir.

—Puede que esa Hetty King sea una vieja tirana, Blair, pero no es el único

pariente que tiene Sara en la isla del Príncipe Eduardo.

—Hetty dirige la familia. Es la mayor. Los volvió a todos en contra mía. Y cuando Ruth murió, me culpó de ello.

—Trágate el orgullo, Blair. Piensa en tu hija. Hay que alejarla de Montreal.

Blair asintió lentamente.

—Supongo que tienes razón. Supongo que a Sara podrían caerle bien sus primos. Aunque no se parezcan mucho a ella.

Louisa sonrió orgullosa.

—Nadie es como nuestra Sara —coincidió—. Ahora, Blair, ve con ella y cuéntale lo que hemos planeado. Dale un beso de buenas noches. Sé que está esperándote y que no pegará ojo hasta que aparezcas.

Mientras su padre y su niñera estaban hablando, Sara estaba tumbada, pensando y preocupándose por su padre. Leía y escuchaba al mismo tiempo. Cuando oyó las pisadas de su padre, dejó el libro.

—¿Papá? —dijo, cuando él abrió suavemente la puerta.

—Ah, no estás dormida.

—Estaba esperándote. *Nanny* dijo que vendrías.

Su padre sonrió y se sentó en el borde de la cama. Pasó la mano por el cabello de Sara, apartándole de la frente unos cuantos mechones sueltos.

—Siento haber sido tan breve contigo esta tarde, Sara. Tengo malas noticias. Digamos que un contratiempo en los negocios. Me temo que es demasiado complicado para poder explicártelo.

Sara miró preocupada a su padre.

—¿Es un problema muy serio?

Él movió la cabeza.

—No, en absoluto. Sólo un pequeño problema financiero que espero resolver en el plazo de un mes. Pero tú ni te darás cuenta del tiempo. Se te pasará volando.

—¿Volando? —preguntó Sara.

—Sara, voy a estar terriblemente ocupado. Y tendré que resolver la mayor parte de los negocios desde esta misma casa. Me temo que, si siguieras aquí, lo pasaríamos muy mal. —Forzó una sonrisa—. Me distraerías, y, la verdad, no tendría tiempo para estar contigo.

—¿Dónde voy a estar, si no es aquí? —preguntó Sara, sentándose en la cama.

—Voy a enviaros a *nanny* y a ti a unas maravillosas vacaciones en la isla del Príncipe Eduardo. Vas a visitar a tus tías, tíos y primos. —Se inclinó hacia ella—. Lo pasarás maravillosamente, Sara.

—¿Y qué pasará con mis tutores?

—Quizá puedas ir una temporada a la escuela de la isla —repuso, con una sonrisa—. Eso sí que *sería* una experiencia, Sara. Será como una gran aventura.

—Preferiría quedarme aquí. Oh, papá, ¿tengo que ir?

—Cariño, todo esto se aclarará pronto.

Sara le miró a los ojos.

—Siempre hemos ido juntos de vacaciones —le recordó.

—Lo sé, pero debo quedarme aquí. Enviaré a por ti en cuanto me sea posible. Sabes que lo haré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Y tú convierte todo esto en una aventura, ¿de acuerdo? ¿Te acuerdas de cuando navegamos por el Nilo y vimos las pirámides?

Sara asintió.

—Pues claro que lo recuerdo. Pero entonces estábamos juntos. Oh, ¿por qué no puedes venir con nosotras?

—Lo haría si pudiera. Quiero que te lo pases bien, Sara. Ya sabes lo mucho que le habría gustado a mamá que conocieras a su familia de Avonlea. Bueno, pues ya eres lo bastante mayor. Lo más adecuado es que vayas.

Sara inclinó la cabeza pensativa.

—Será interesante estar con una familia de verdad. Me refiero a una grande con tías y tíos y todo eso... ¿verdad?

—Ésta es mi chica —dijo su padre, sonriendo ampliamente y golpeando el edredón con simulado entusiasmo.

Sara se mordió el labio.

—Te echaré de menos, papá.

Él se inclinó y la abrazó con fuerza.

—Oh, yo también te echaré de menos, Sara. Te echaré de menos todas las horas del día.

—¿Y me escribirás?

—Claro que sí.

—Y yo a ti... Te escribiré todos los días.

—No podré mantener ese ritmo... quizá cada varios días, o cada semana.

Sara besó a su padre en la mejilla.

—Todas las semanas por lo menos —murmuró.

Sara permaneció despierta mirando a la habitación que la rodeaba durante bastante tiempo después de que su padre se marchase. Cuánto la echaría de menos cuando se fuera. Junto a una ventana había una confortable silla, y a ambos lados de la misma, estanterías llenas con los libros favoritos de Sara. La mayoría de sus juguetes de «bebé» se habían retirado, pero todavía quedaban algunos. Una muñeca deshilachada, una gran pelota y, naturalmente, su aro y su vara, eran cosas con las que apenas jugaba ya, pero que le gustaba seguir teniendo cerca. Tenía un maravilloso teatrillo de títeres, con cuatro decorados distintos y once títeres. También tenía tres muñecas, vestidas con encaje y satén y zapatos de tacón alto.

Sin embargo, su orgullo y su alegría era su casa de muñecas. Tenía dos pisos de

alto, nueve habitaciones y estaba completamente amueblada con miniaturas. En el salón-comedor había hasta dos cuadros pintados a mano con sus marcos en miniatura. La mesa del comedor estaba puesta con platos de porcelana, y había una tetera en miniatura en el fuego de la pequeña cocina.

—La casa de muñecas más maravillosa de todo Montreal —había afirmado *nanny*—. No es tan bonita como la que perteneció a la Reina de Inglaterra, pero se le acerca.

Pero Sara tuvo que admitir que la casa de muñecas más maravillosa del mundo no podía hacerte feliz si estabas triste. Últimamente había estado un poco triste. Deseaba poder jugar sin que *nanny* la vigilase..., poder tener amigos, como parecían tener los otros niños. Sara parpadeó en la oscuridad de la habitación. *Echaría* de menos a su papá, pero quizá el ir a la isla del Príncipe Eduardo fuese como una aventura. Quizá papá tuviese razón.

Capítulo cuatro

El tren se arrastraba por un paisaje pastoril que no se parecía a nada de lo que Sara había visto antes. No sólo las casas eran pocas y muy distantes entre sí, sino que la misma tierra parecía como si hubiera sido pintada por el gran pintor Vincent Van Gogh.

Sí, no había ninguna duda. La tierra de la isla del Príncipe Eduardo —toda la tierra que podía ver desde el tren, incluyendo el sucio camino que corría junto a las vías del tren— era de un brillante color rojo. Era tan roja que resultaba una curiosidad, y se preguntó si alguno de sus tutores de ciencias habría podido explicarle el fenómeno. La tierra roja hacía que la hierba pareciera más verde aún, y las colinas de flores silvestres le añadían otro toque de color. El paisaje era luminoso, y las casas que veía, bonitas y pintorescas, como las cabañas donde habitaban los duendes de sus libros de cuentos.

—Qué peculiar es todo esto —comentó Sara a su niñera, sin dejar de mirar por la ventana—. Imagina el aspecto que tendrá la luna cuando brille sobre el mar y las colinas.

—Desolada, si quieres saber mi opinión —concluyó la niñera.

Sara ignoró el comentario. *Nanny* Louisa no llevaba los cambios con alegría, y siempre estaba protestando y rezongando cuando se enfrentaba a algo que se salía de lo ordinario. Pero, a ojos de Sara, el paisaje estaba lejos de ser solitario. Era emocionante y, lo que era más importante, le resultaba seductor. Aquello *podría* ser una aventura.

Sara pensó en los últimos días. Todo había pasado tan rápido, y seguía sin entender por qué había sido el señor Bartholomew, y no su papá, quien las había acompañado a la estación.

Sara miró al asiento que tenían delante, donde estaba sentado, solo, un niño algo mayor que ella.

Nanny Louisa había estado examinándolo durante casi una hora. Parecía tener unos trece años, y una constitución recia y fuerte. Su rebelde cabello castaño claro no dejaba de caerle sobre la frente.

—¿Viajas solo, niño? —le preguntó al rato.

En ese momento, el niño sonrió y se abrió el abrigo. Un pequeño ratón asomó entonces.

—Con «Edgar» —dijo el niño, señalando al ratón. Apenas había dicho estas palabras, cuando «Edgar», el ratón, saltó del bolsillo y corrió asiento abajo y por el suelo en dirección a la niñera.

Sara pensó que en toda su vida había visto a *nanny* Louisa moverse tan rápido. Lanzó un chillido y se subió al asiento de un salto, y Sara, desconcertada, hizo lo mismo.

Al oír sus gritos, el revisor apareció casi al instante.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó ásperamente.

—¡Este niño tiene un roedor vivo! —se quejó la niñera.

—Este rufián ha asustado a mi niñera —anunció Sara, tras recobrase.

El revisor apartó inmediatamente al niño, pero el ratón había desaparecido. Durante las siguientes horas, la niñera mantuvo una búsqueda cautelosa de «Edgar». Finalmente se levantó y se enderezó el sombrero.

—Será mejor que nos vayamos preparando —aconsejó.

—¿Tan pronto? ¿Ya hemos llegado?

Nanny Louisa suspiró profundamente.

—¡Oh, ojalá fuese así! No, este tren sólo nos lleva hasta Bright River. El hermano de tu madre nos recogerá ahí, Dios mediante. ¡Qué viaje tan terrible! ¡Por el cielo!

Dos mozos llamaron a la puerta del compartimento y, una vez dentro, empezaron a llevarse las numerosas maletas y sombrereras. La niñera les siguió por el pasillo.

—Tengan cuidado —advertía—. No aplasten esa caja blanca. ¡Oh, tengan cuidado...!

Sara la siguió, conteniendo una sonrisa.

El tren traqueteó hasta detenerse y el revisor bajó y sacó los escalones de hierro. Los mozos se llevaron las maletas. Tuvieron que hacer dos viajes.

—¿No van a ponerlo en la estación? —preguntó *nanny* Louisa—. ¿Dónde está la estación? —añadió después preocupada.

—Por allí —dijo Sara señalando.

No era realmente una estación. Sólo era una parte cubierta del andén. De su tejado rojo colgaba un enorme cartel que informaba, en gruesas letras, «BRIGHT RIVER STATION».

Los mozos volvieron a subir al tren y el revisor hizo una señal al conductor. Sara y la niñera no podían verle, pero el muchacho que había compartido el vagón con ellas —al menos durante un tiempo— había saltado con cuidado del último vagón y corrido después por el andén hasta desaparecer detrás de la estación. Entonces, con un repentino bramido del silbato, el tren volvió a la vida y resopló como un gran dragón devorador de fuego.

—Por las estrellas —dijo con un suspiro *nanny* Louisa—. Aquí no hay nadie, ni un alma solitaria.

—Pero es precioso, ¿verdad? El cielo es tan claro y la hierba es tan verde.

Los ojos de Sara exploraron la escena y respiró profundamente mientras olía la dulce hierba.

—Seguramente nunca dejará de llover —murmuró la niñera sombría.

—Estás volviendo a ponerte gruñona —dijo Sara alegre.

—¿Y quién no se sentiría gruñona? Hemos viajado como sardinas en lata y ahora nos arrojan a un muelle desolado como a un pescado que no quiere nadie. Los viajes en tren ya no son como antes.

—Estoy segura de que el tío Alec vendrá en seguida.

—La puntualidad es lo que denota al caballero. Bueno, no hay forma de saber cuánto vamos a tener que esperar. Será mejor que metamos el equipaje en la estación. Por si llueve.

—¡Si no hay ninguna nube en el cielo!

—No importa. Nunca se es demasiado precavido cuando se viaja. Vamos, Sara. Tendrás que ayudarme.

Sara cogió una de las bolsas y la niñera otra. Hicieron tres viajes entre el andén y la estación.

—Lo pondremos todo aquí —anunció *nanny* Louisa, amontonando todo el equipaje en una sola pila, junto al único banco que había bajo el techo de la estación.

Cuando concluyó la tarea, estaba sin aliento y se derrumbó en el banco. Miró el equipaje y contó cada bulto. Había tres maletas, tres grandes cestos y cuatro sombrereras. Sara miró a su alrededor, a la desolada estación, sentándose luego en el banco de madera, con las manos primorosamente cruzadas sobre el regazo. Había esperado que hubiese un pequeño restaurante donde poder tomar el té, pero no había nada semejante. De hecho, casi no había nada.

—Menudo embrollo —murmuró la niñera—. Estamos en medio de la nada y con nadie para recibirnos. ¿Dónde diablos está ese Alec King?

Sara miró con curiosidad a su alrededor mientras la anciana continuaba quejándose.

—¡Qué viaje tan terrible! ¡Ese transbordador parecía que iba a hundirse! ¡Tuve miedo de acabar encontrándome con el Hacedor! Mantén las manos encima de tu bolso, querida. Los ladrones abundan cuando viajas. Nunca se tiene demasiado cuidado.

—*Nanny*, la estación está vacía. No tienes por qué preocuparte tanto.

Sara se levantó y se estiró, caminando unos pasos por el andén. Louisa miró incómoda a su alrededor y se preguntó si después de todo había sido una buena idea venir a este sitio. Nacida y educada en Londres, nunca había vivido en un entorno rural. Británica hasta la médula, tenía ciertos estándares y consideraba algo primitivo todo el continente norteamericano, con la excepción de Montreal y Boston. Con casi setenta años, sus antiguos recuerdos de Londres habían adquirido una especie de aura mítica.

—Venir aquí era lo único práctico que podía hacerse —murmuró para sí. Pero, incluso mientras lo decía, estaba temiéndose lo peor—. Bueno, si hay algo que no sea satisfactorio, habrá que *hacer* que sea satisfactorio.

Louisa salió de su ensimismamiento.

—Sara, no te alejes —llamó, antes de seguir hablando sola—. La única forma segura de viajar con niños es teniéndolos sujetos con correa..., con una correa muy corta.

Enderezó la sombrerera, que una vez más amenazaba con derrumbar la desordenada montaña de equipaje.

El muchacho apareció de pronto por la esquina de la estación. Llevaba una ajada maleta y la gorra ligeramente torcida. Se la quitó ante la niñera.

—Señora —murmuró.

—¡Tú! —respondió ella, frunciendo el ceño y mirándole con sospecha.

—¿Encontraste a tu ratón? —preguntó Sara.

—No hables con extraños —la amonestó Louisa.

Mientras Sara y *nanny* Louisa dedicaban su atención al muchacho, un hombre corpulento aparcaba el coche de caballos detrás de la estación, bajaba de él y se dirigía a la plataforma. Sonrió al ver a Sara y al muchacho.

—¡Sara Stanley y Andrew King! —dijo en voz alta—. ¡Parece que el tren ha llegado hoy con adelanto!

Sara miró al hombre y luego al muchacho. Éste la miró a ella y luego al hombre.

El hombre lanzó una carcajada.

—¡Así que aquí tenemos a los dos primos King perdidos! ¡Bien venidos a la isla del Príncipe Eduardo! Soy vuestro tío Alec King.

Sara miró fijamente al muchacho que su niñera había llamado rufián. Y entonces, casi al unísono, el chico y ella dijeron:

—¿Primos?

—Y al coche con los dos —dijo alegremente Alec King.

Sara hizo una pausa.

—Y ésta es mi *nanny* Louisa —anunció.

Alec King miró a *nanny* Louisa de forma algo extraña. Pero un momento después murmuraba que se alegraba de conocerla. A continuación se frotó la barbilla pensativo y se volvió hacia Andrew.

—¿Qué me dices, jovencito? ¿Qué tal si me ayudas a sujetar todo este equipaje a la parte de atrás del coche?

Nanny Louisa miró a Alec King. Volvió a preguntarse si su sugerencia de que Sara fuese allí había sido acertada. El lugar parecía más primitivo de lo que había creído, y, desde luego, el señor Alec King no parecía tan refinado como había esperado que fueran unos parientes de Ruth.

—Señoras —anunció alegremente Alec King—, su carroza las aguarda.

—Si tan sólo lo fuera —dijo *nanny* para sí cuando vio el coche.

Alec King ayudó a la niñera a subir a él y luego sentó a Sara a su lado.

—Tú tendrás que sentarte delante conmigo —le dijo a Andrew—. ¡Vámonos!

El coche arrancó con un traqueteo, y *nanny* Louisa cogió la mano de Sara como si le fuera la vida en ello.

—El equipaje se caerá —predijo sombría—. El coche podría hasta volcar. ¡Oops! Cuánto bache. Agárrate fuerte, Sara. ¡Oops!

Alec King se volvió ligeramente.

—Hace tiempo que esperábamos a Andrew. Mi hermano, el padre de Andrew, ha cogido un empleo temporal en Sudamérica. Se pasa el tiempo mirando rocas,

¿verdad, Andrew?

—Es geólogo —dijo Andrew alzando la voz.

La niñera se alisó la falda.

—No sabía que tendría otro invitado en la casa. ¡Y mucho menos que era un rufián! —Su nariz se crispó ligeramente—. Espero que esto no marque ninguna diferencia a la hora de alojarnos.

Alec King se rió.

—Por supuesto que no. Estoy seguro de que encontraremos sitio para que pase la noche.

Nanny Louisa se enderezó y se puso rígida en el asiento.

—¿Qué quiere decir usted con pasar la noche, buen hombre? Estaré aquí todo el tiempo que dure la visita de Sara. ¡Que el cielo le ayude si no tiene usted un alojamiento adecuado!

Alec King contuvo el aliento y se prometió no volver la cabeza. Esta *nanny Louisa* parecía esperar mucho. Bueno, no le correspondía a él ocuparse de esta mujer tan remilgada. No; su mujer, o mejor aún su hermana, Hetty, se ocuparían de ella. Sonrió para sí. Sí, Hetty la pondría en su sitio, y seguro que también en el siguiente tren.

Sara se extrañó por la sorpresa de su tío ante el hecho de que *nanny Louisa* estuviese con ella, pero sólo por un momento. La inundaban tantas sensaciones nuevas. Inspiró profundamente y se recostó en el coche. ¡El aire era maravilloso, como el paisaje! El océano era azul y brillaba como si tuviera diamantes flotando en la superficie. En la distancia, las verdes colinas daban paso a doradas colinas con cultivos. Y la brillante tierra roja que había visto desde el tren parecía ahora más roja aún. Todo lo que se veía era un mar azul y riscos rojos, cubiertos de hierba verde.

—Es precioso —dijo Sara con un suspiro—. ¿A que es precioso, *nanny Louisa*? Ahora sé por qué mamá quería tanto esto.

Pero Louisa no estaba dispuesta a ablandarse. Después de todo, había sido educada cerca del Támesis y había visitado los famosos riscos blancos de Dover.

—Es pasable —gruño—. Para ser una colonia.

Sara la ignoró. Era más que pasable. Era donde nació su madre y era maravilloso. Pero la gente parecía peculiar y se preguntó si ella les caería bien. Pensó en su papá, preguntándose si en ese momento estaría pensando en ella, y mientras pensaba en él, se sintió triste y algo perdida.

Capítulo cinco

Sara estiró el cuello cuando pasaron por un pueblecito pintoresco y encantador. Avistó una iglesia blanca con una torre, un edificio con un cartel que decía ALMACÉN GENERAL, una farmacia, una escuela, un periódico, un ayuntamiento, la tienda del herrero y una caballeriza.

—Avonlea —anunció orgulloso Alec King.

A Sara le recordaba el pueblo en miniatura con el que había jugado cuando era más pequeña, hecho de bloques de madera y teniendo hasta pequeños abetos verdes de madera.

Al rato, se metieron por un camino sinuoso y bordeado de árboles, y pronto pasaron junto a un pequeño estanque rodeado de árboles y matorrales. Había un gran sauce llorón que parecía como si se inclinase para beber del estanque.

—Que poético —suspiró Sara.

—Si se me ocurre parpadear me habría perdido el pueblo de Avonlea —repuso *nanny* Louisa, y su nariz volvió a crisparse con disgusto.

En el asiento delantero del coche, Alec King hablaba con Andrew.

—¿Te contó alguna vez tu padre que casi se ahoga en ese estanque, Andrew?

Andrew sonrió.

—Me dijo que le retó a atravesarlo a nado, tío Alec. ¿Es cierto?

Alec rió y se dio una palmada en la rodilla. Se volvió y miró a Sara.

—¡Si no fuera por tu madre, Sara, el padre de Andrew no estaría hoy vivo! Ruth saltó al agua, con toda la ropa puesta, y le salvó de ahogarse.

Sara sonrió complacida. Resultaba muy bonito pensar en su madre como en una auténtica heroína.

—¿De verdad? —preguntó, queriendo oír más cosas de su madre—. Me gustaría nadar en ese estanque —aventuró—. Parece un espejo, tan claro y atrayente.

—¡Nadar en un estanque! Sólo el Señor sabe la de infecciones que podrías coger —resopló *nanny*.

Sara no contradijo a su niñera, pero en ese momento deseó que no fuera tan aprensiva. En una ocasión, cuando viajaban con su padre, Sara había visto a un grupo de niños jugando cerca de un estanque. Los había llamado golfillos, porque tenían la ropa sucia y jugaban sin que nadie los vigilara. Sara pensó que parecían felices, y se preguntó cómo sería correr y jugar así. Hasta se preguntó cómo sería ensuciarse la ropa una y otra vez.

—¿Un caramelo? —ofreció Andrew, pescando un dulce achicharrado del bolsillo.

Sara alargó la mano, pero la niñera se la golpeó.

—No tomarás ningún dulce antes de cenar.

Sara retrajo rápidamente la mano. Los golpes de *nanny* no dolían nunca. No eran más que recordatorios.

Echó una última mirada al estanque antes de que desapareciera de la vista. La

brisa acariciaba los árboles y las sesgadas colinas. Las altas hierbas parecían agitarse y unas cuantas ondas cruzaron la superficie del estanque. La brisa meció suavemente al sauce, haciéndolo temblar.

—Siempre imaginé a mamá enterrada en un estanque como éste.

—De hecho, tu madre está enterrada no lejos de aquí. La finca de los King está al otro lado de esa colina que se ve ahí.

Alec King señaló a una colina redondeada cubierta de flores silvestres.

—Fíjate, *nanny*. Este camino es el mismo por el que solía andar mamá. ¡Y mira esos árboles! Mañana treparé a todos y cada uno de ellos.

—No vas a trepar a ningún árbol. Las damas no trepan a los árboles —dijo la niñera, moviendo el dedo índice.

Los ojos de Sara se demoraron un poco más en los árboles. Había tantas cosas que no había hecho nunca, tantas cosas que quería hacer. Mientras su mente vagaba, el carruaje se detuvo con un traqueteo ante una granja blanca con un gran mirador.

—Bueno, aquí es —anunció Alec King—. Bien venidos a la granja King. —Sonrió y señaló camino abajo—. Villarrosa está al final de este camino. Allí viven Hetty y Olivia. —Se volvió para mirar a Sara y a Andrew—. Olivia y Hetty King son mis hermanas y vuestras tías.

Alec King se bajó del coche seguido por Andrew. Alec se volvió y bajó a Sara, y luego a *nanny* Louisa.

Sara se cogió las manos al mirar a la casa.

—¡Es tan pequeña y tan bonita! ¡Es como mi casa de muñecas!

A Sara nunca se le habría ocurrido pensar que pudiera estar insultando a alguien, pero sin que ella lo supiera, había sido oída por su prima Felicity King.

Felicity se había parado tras unos arbustos en el momento que llegó el coche.

—Tan pequeña y bonita —la imitó Felicity—. ¿Qué es lo que esperaba? ¿Un palacio?

—Parece bastante confortable —se limitó a susurrar *nanny* Louisa, en respuesta al comentario de Sara. A continuación se dirigió a Alec King en tono imperioso—: Por favor, ocúpese de las maletas.

—Hay mucho tiempo —murmuró Alec.

Esta mujer parecía creerse la reina de Saba al mando de un millar de esclavos. Bueno, decidió, ya se ocuparía Janet de ella. Después de cenar habría tiempo de sobra para decirle a la engreída niñera que allí no había sitio. De hecho, ya se había decidido que Sara se quedaría en Villarrosa con Olivia y Hetty. Estuvo a punto de sonreír. Mezclar a la arrogante *nanny* Louisa con su autoritaria hermana Hetty resultaría algo explosivo.

—¡Hemos llegado! —exclamó Alec King elevando mucho la voz.

Janet, la mujer de Alec, abrió la puerta principal y sonrió, secándose las manos en su immaculado delantal. Detrás de ella había tres niños.

—Vamos, entrad —les invitó ella.

Alec y los recién llegados pasaron al interior de la casa. Janet miró con curiosidad a *nanny* Louisa.

—Hola —aventuró—. Disculpe, pero ¿quién es usted?

—La señorita Louisa J. Banks. Supongo que usted es Janet King.

Janet asintió, todavía desconcertada. *Nanny* Louisa se limitó a pasar junto a ella y entrar en la sala de estar. Andrew y Sara la siguieron, igual que los otros niños.

—¿Quién es esta mujer? —susurró Janet a su marido.

—Se cree de la realeza, pero sólo es la institutriz de Sara. También cree que va a quedarse.

—¿Y de dónde ha sacado esa idea, en el nombre de la creación? Espero que hayas dejado muy claro que no tenemos sitio. ¡Oh, ese Blair Stanley siempre tan irritante! ¡No ha cambiado nada! —dijo crispada Janet—. No mencionó ninguna institutriz cuando escribió a Hetty y Olivia sobre Sara.

—Ahora, no, Janet. Sara podría oírte. Vamos, dejaremos las cosas claras después de cenar.

Janet asintió y siguió a los demás a la sala de estar.

—Bueno —dijo Alec King, mirando a su alrededor—. Es hora de presentar a todo el mundo. Éstos son Felicity, Cecily y Félix. Y éstos, hijos míos, son vuestros primos, Andrew King y Sara Stanley.

Felicity era una niña bonita, de cabellos dorados y grandes ojos castaños. Su hermana menor, Cecily, tenía unas trenzas rubias, largas hasta la cintura, y una cara muy dulce. Félix era de cara redonda y parecía muy travieso. Sara no pudo dejar de notar que los tres estaban muy juntos, como si no quisieran que nadie entrase en su círculo.

Sara imitó a Andrew y estrechó rígidamente las manos de cada uno de sus primos.

—Espero que seáis buenos amigos —estaba diciendo Janet King, pero Sara no estaba segura.

Felicity sonrió con desdén y no parecía muy amigable. En cuanto a Félix..., bueno. Félix la hizo una mueca. Parecía un mocoso de cuidado, decidió Sara.

Pronto descubrió que Felicity tenía trece años y medio, y Félix, que parecía un trompo que no hubiese dejado de girar, tenía once años. Cecily tenía diez años y sí era tan dulce como aparentaba.

—Vamos a tomar cordero para cenar —anunció Cecily—. Puedes sentarte a mi lado, Sara.

—Tenemos que lavarnos antes —interrumpió *nanny* Louisa—. Supongo que tendrán lavabo en el interior, ¿verdad?

Janet King clavó en su marido una mirada furiosa.

—Al final del pasillo —respondió enérgica.

Sara miró a las caras de todos y se sintió incómoda. No parecían muy felices de verla. Se preguntó si alguna vez habían querido que los visitase.

Capítulo seis

El coche, aún cargado con el equipaje, salió de la granja King y volvió al polvoriento camino que llevaba a Villarrosa. Sara se sentó cuidadosamente en el asiento trasero con su niñera. Esperaba que sus tías Olivia y Hetty King la quisieran más que sus primos. Una aventura, se suponía que esto iba a ser una aventura, se recordó. Pero, en aquel momento, no estaba segura de la forma en que se desarrollarían las cosas.

Mientras Alec King se llevaba a Sara y a su niñera, los tres niños de los King corrieron a la habitación que compartían Felicity y Cecily, y lucharon por tener la mejor vista posible del coche que se alejaba, en la ventanita que daba a la fachada principal de la casa.

—Quítate de en medio, Felicity —dijo Félix, empujando a su hermana con el codo y apartándola—. Estás demasiado gorda —se quejó.

—Tú eres quien está gordo —respondió Felicity en seguida—. Estás gordo y tienes una gorda cara de luna.

—Están muy lejos —dijo Cecily—. Apenas se les ve.

—¿Dónde está ese Andrew? —preguntó Felicity mientras miraba con suspicacia alrededor suyo—. No me gustaría que nos oyese. No me fío de él.

—Deshaciendo las maletas —dijo Félix abatido—. No va a haber nada de espacio con él en mi cuarto. ¿Has visto todo lo que trae?

—Sólo ha traído una maleta pequeña —observó Cecily.

—¡Una maleta pequeña! Es muy grande y la tiene abarrotada. —Félix se frotó la cara—. La tiene llena de piedras y porquerías. Y no para de hablar de esas piedras y de que va a coger más. En nada de tiempo acabaré en el granero y mi cuarto estará lleno de piedras grandes.

—Y la más grande será tu cabeza —repuso Felicity, lanzando una risita por su propia gracia. A continuación bailó por todo el cuarto con las manos en las caderas—. Tan pequeña y tan bonita —dijo, volviendo a imitar a Sara—. ¿Quién se creará doña Remilgos que es?

—No la conocemos —dijo Cecily en voz queda. Sus ojos seguían mirando el distante carruaje.

—Mira que pensar que podrían quedarse aquí todos —comentó Felicity, ignorando a su hermana—. ¿Te la imaginas con un aya a su edad? —Hizo una pausa y, volviéndose para mirarse en el espejo, se pasó la mano por las mejillas—. Y tiene un cutis terrible. Supongo que serán consecuencias de vivir en Montreal. Tengo entendido que allí el aire es terrible. Aquí tenemos aire puro.

—Estás siendo mala —dijo Cecily, mirando a su hermana—. Sara me gusta, y Andrew me parece muy guapo.

—Oh, Cecily, tenías que decir algo así. Piensas que todo el mundo es guapo... y lo es, comparado con Félix —se burló.

—¡Mira quién habla! —repuso Félix, haciendo una mueca.

—Es igual. Desde luego, Sara Stanley no es nada bonita —y rompió a reír, tras decir esto—. ¡El sombrero que llevaba era horrible! Parecía como si fuera a caérsele, o a llevárselo el viento.

—No es bonita porque se parece a ti —cortó Félix. Siempre intentaba ponerse por encima de su hermana, pero nunca lo conseguía.

Felicity le hizo una mueca.

—Me pregunto qué pasará cuando esa niñera se encuentre con tía Hetty —aventuró Cecily.

—¡Habrán fuegos artificiales como en el día de la Victoria! ¡Cohetes estallando! —repuso Félix cerrando los ojos y dando una palmada.

—¡Imagínatela diciendo a Sara que no puede beber té hecho con agua del estanque! ¡Imagínatela preguntando si tenemos «lavabo en la casa»! —Felicity saltó a su cama—. ¿Qué fue lo que dijo esa vieja cuando mamá le dijo que tendrían que ir a Villarrosa? Ah, sí: «¡No somos pecios a la deriva para ser llevados de un sitio a otro! ¡Sara ni siquiera debería salir fuera de noche! ¡Será una bendición si no coge un resfriado de muerte!». ¿Te lo imaginas?

—Sara me da mucha pena —dijo Cecily, sentándose en su cama—. No tiene madre y su padre tiene problemas, y su aya parece muy estricta.

—Por eso han tenido que venir Andrew y ella para hacemos la vida imposible —concluyó Félix.

La puerta se abrió en ese momento, y Janet King entró en la habitación.

—Supuse que os encontraría aquí a los tres. Félix, métete en el baño y cepíllate los dientes. —Se volvió hacia sus hijas—. Y vosotras haced lo mismo cuando haya acabado. Ya es hora de que estéis todos en la cama.

Félix no titubeó. Se alejó corriendo antes de que su madre mencionase las oraciones de la noche o la interminable necesidad de mejorar su dicción.

—Me pregunto cómo irán las cosas en Villarrosa —comentó Cecily, sonriendo.

Janet contuvo una sonrisa. El encuentro entre la señorita Louisa J. Banks y la señorita Hetty King era algo que también ella lamentaba perderse.

El coche de caballos se detenía en ese momento ante Villarrosa. Era más pequeña que la casa de la granja, pero tenía un techo de aleros inclinados, maceteros llenos de flores en las ventanas y un bonito porche. Parecía acogedora y confortable. Tenía el aspecto que debería tener una casita construida entre los árboles.

La primera persona que vio Sara fue una mujer alta y delgada que vestía una falda oscura y una blusa de corte severo. Su cabello estaba recogido hacia atrás con tanta firmeza que ni un solo pelo había quedado suelto. Tenía un rostro alargado y estrecho, con pómulos prominentes y agudos ojos oscuros. No sonrió al saludarlos, quedándose en cambio tensa como una vara, sosteniendo una escoba en una mano y pareciendo

ser tan rígida como su blusa.

Un momento después bajó los escalones del porche. Estiró el largo cuello y habló con voz cortante.

—¡Peter Craig! ¿Dónde estás? ¡Los chicos contratados dan más molestias de lo que valen!

Dio varias zancadas hacia el carruaje, y antes de que pudieran hacerse las presentaciones, o nadie pudiera decir algo, un joven apareció corriendo, sin aliento, por la esquina de la casa.

—Perdone, señorita King. Estaba ayudando a la señorita Olivia con las gallinas.

—Mientras no estuvieras haciendo el vago con ellas —repuso ella, mirándole con desdén—. ¿Ves esas maletas del coche? Pues llévalas inmediatamente a la casa. Apresúrate, que la noche es fresca.

Sara sonrió al muchacho y éste la devolvió la sonrisa, pero, claramente asustado de la señorita King, se apresuró a obedecer sus órdenes.

Alec bajó para ayudar a Sara y a *nanny* Louisa.

La señorita King la miró fijamente, y por un momento Sara se sintió como un insecto clavado en un alfiler.

—Así que ésta es la hija de Ruth —dijo Hetty King mirando a Alec por encima de la cabeza de Sara—. Vista a esta luz, en esa cara hay más de Stanley que de King.

Entonces Sara sintió la huesuda mano de Hetty en el hombro, y miró a los ojos de su tía.

—Bueno, Sara...; te llamas así, ¿verdad? Como no había sitio para ti en la granja King, tu padre debería sentirse agradecido de que Olivia y yo aceptásemos acogerte. Estamos haciendo más de lo que él ha hecho nunca por nosotros. No espero que me des las gracias.

Sara miró desafiante a la cara de Hetty King. ¿Por qué decía esas cosas sobre su padre? Antes de que pudiera hablar, Hetty se había vuelto hacia *nanny* Louisa.

—¿Y usted quién es, señora?

—Mi querida señora, soy Louisa J. Banks. Sara Stanley está a mi cargo.

Hetty se burló.

—Ya no. Ahora está a nuestro cargo. No la esperábamos, así que estoy segura de que no le importará que Alec King la acompañe hasta la casa de huéspedes de Avonlea. Le aseguro que allí estará razonablemente cómoda hasta que podamos arreglar su regreso a Montreal.

Nanny Louisa se puso rígida como una tabla.

—Perdóneme, señorita King. He sido la *nanny* de Sara desde que era un bebé. Y también lo fui de su padre. No tengo ninguna intención de dejar a Sara.

Hetty arqueó una ceja.

—¡Mi buena mujer, esto no es un hotel! —retrucó.

Tras decir esto, se volvió bruscamente y subió los escalones pesadamente, cruzando el porche y entrando en la casa. Los demás la siguieron.

Estaban todos de pie en la sala de estar cuando Olivia entró a toda prisa por la puerta de atrás. No perdió ni un segundo en ir directamente a su sobrina.

—Sara —dijo, inclinándose y abrazando cálidamente a Sara—. ¡Oh, Sara! Deja que te mire. Eres la viva imagen de nuestra hermana, Ruth.

Sara miró a los calmados ojos de su tía Olivia. Estaba igual que en la foto que había enviado la Navidad pasada.

—Me alegro de conocerla —consiguió decir Sara.

Olivia se volvió y, al ver a la niñera, extendió la mano.

—Buenas tardes, señorita...

—Louisa J. Banks. Y ya no es por la tarde, buena mujer. Esta niña debería estar ya en la cama.

Olivia miró a Sara.

—Estás cansada, ¿verdad?

Sara asintió cansinamente.

—Hetty, no debemos mantener a Sara despierta por más tiempo... Me parece que podemos dejar para mañana lo de conocernos mejor. Ven conmigo, querida, te mostraré tu habitación. He pasado varios días arreglándola para ti. Espero que te guste.

Nanny Louisa alcanzó a Olivia cuando guiaba a Sara hacia las escaleras.

—Discúlpeme, pero debo acostar a la niña.

Sara pensó que Olivia parecía algo sorprendida. Ésta no deseaba ser poco educada y, de hecho, era algo tímida.

—Les mostraré el camino —dijo, permitiendo que la niñera se situara entre ellas.

Hetty se puso entonces delante de ellas.

—Le he dicho que aquí no hay sitio para usted, a no ser que quiera dormir en el gallinero.

La niñera no iba a dejarse intimidar.

—¡Si es necesario, dormiré en el suelo del cuarto de Sara! —anunció, y sin mediar más conversación, rodeó a Hetty y subió las escaleras.

Cuando llegó al rellano, dio sus ordenes en voz alta.

—¡Traigan de inmediato nuestras maletas! Sara tomará como desayuno un huevo hervido durante tres minutos exactos..., ni demasiado duro, ni demasiado blando. Procure que esté en su punto.

Al pie de las escaleras, Hetty cruzó los brazos sobre su angosto pecho y miró a Alec King con ojos entornados. Parecía una nube de tormenta, y lo bastante furiosa como para retorcer el cuello a Louisa J. Banks, niñera de Sara. Hetty King no estaba acostumbrada a aceptar órdenes. Más bien todo lo contrario. Solía ser ella quien las daba.

Conociendo a su hermana mayor, Alec retrocedió como si esperase una explosión.

—Alec King, estarás aquí a las siete de la mañana en punto. ¡Esa mujer saldrá sin

falta en el primer tren! —repuso, apretando los dedos con fuerza.

Alec King abrió la boca para hablar, pero vio la mirada que había en el rostro de su hermana. Era obvio que las horas que *nanny* Louisa pasaría en la isla Príncipe Eduardo estaban contadas.

Capítulo siete

La habitación de Sara en Villarrosa tenía una ventana que miraba a los sembrados y al granero.

—Desde aquí puedes oler el océano —le dijo Olivia cuando le mostró su habitación—. Y cuando sale la luna, ilumina directamente esta habitación.

La luz de la luna y el olor del océano. Sonaba muy agradable, y Olivia parecía muy amable. Pero todo lo demás resultaba temible.

—Es pequeña —dijo *nanny* olisqueando el lugar.

A Sara le gustó la habitación, pero no dijo nada. Tenía un bonito papel pintado floreado y una cama con grandes edredones y acolchadas almohadas. Lo más interesante de todo era la forma de la habitación. No era exactamente rectangular, como su cuarto de Montreal, sino como un cuadrado aplastado, con una pared más larga que su opuesta. Sabía que había muchas casas viejas con pasadizos secretos, y que los pasadizos hacían que las habitaciones tuvieran una forma extraña. Sara se preguntó si Villarrosa tendría pasadizos secretos.

La cama resultó ser demasiado estrecha para acomodar a Sara y a *nanny* Louisa a la vez, y estuvieron un tiempo dando vueltas en la cama intentando encontrar una postura cómoda. Luego la niñera se levantó y dijo que lo que necesitaban era una taza de té caliente que les ayudase a dormir.

Sara cerró los ojos y esperó en el oscuro dormitorio mientras *nanny* bajaba las escaleras. Al poco empezó a oír voces, las voces de *nanny* Louisa y tía Hetty. Olivia también estaba allí, pero hablaba con voz tan suave que Sara apenas podía oírla.

Sara se arrastró fuera de la cama y fue a arrodillarse junto a la rejilla del suelo. Estaba allí para que el calor de la estufa de leña ascendiese a la parte superior de la casa, pero el sonido también viajaba hacia arriba. Sara escuchó todas y cada una de las palabras que se dijeron, mientras su imaginación recreaba las imágenes de su ultrajada niñera y su severa y dominante tía.

—Quisiera prepararle a Sara un poco de té. ¿No hay agua caliente en esta casa? —preguntó irritada *nanny* Louisa.

—La hay si se la hierve —replicó Hetty con sarcasmo.

—Deje que ponga la tetera al fuego —se ofreció Olivia—. No es ninguna molestia.

—Lavarán la vajilla en agua caliente, ¿no? Si no no queda limpia —les informó *nanny* Louisa.

—¡Pues claro que lavamos la vajilla con agua caliente! —cortó Hetty enfurecida.

—Sólo me preocupa el bienestar de Sara.

—No necesita preocuparse sabremos cuidar de ella. La cuidaremos como si fuera nuestra —repuso Olivia con calma.

—Por mucho que nos gustase no vernos cargando con la niña, nuestro deber hacia Ruth hace que debemos ocuparnos de su bienestar. Y yo no soy alguien que evada sus

deberes —dijo Hetty con frialdad.

—¡Oh, Hetty! Es algo más que un deber —interrumpió Olivia.

—*Mi deber es ocuparme de Sara. Yo tampoco descuido mis deberes* —dijo la niñera con firmeza, como para poner a Hetty en su lugar.

Sara escuchó y se sintió como si fuera a echarse a llorar. ¿A qué venía todo eso del deber? ¿Es que no la quería nadie? ¿Y cómo es que aquí nadie parecía comprender a *nanny* Louisa? Es excesivamente protectora conmigo, admitió Sara, pero ésa era su personalidad.

Las voces de abajo subieron de tono.

—Es de *nuestra* carne y sangre. Es *nuestra* responsabilidad. Pero en el trato no entraba otra boca que alimentar —anunció Hetty.

—Le aseguro que puedo pagar por mi estancia, si eso es lo que les preocupa —comentó *nanny* Louisa en un tono tan frío como el de Hetty.

—Ninguna cantidad de dinero podría compensar el tener que soportar a gente como usted. Sus aires y sus modales superan en mucho a su sentido común —replicó Hetty.

Sara podía notar el encono en la voz de las dos mujeres, incluso desde su puesto de escucha junto al ventanuco.

—El señor Stanley ya me previno contra su endurecido corazón —respondió en seguida la niñera—. Le dio la espalda a su propia hermana sólo porque decidió abandonar esta isla olvidada de Dios y casarse con él.

—Ese hombre arrastró a Ruth por medio mundo. ¡Ni siquiera se le ocurrió pensar por un momento en su salud! ¡Ni por un momento! —replicó Hetty en voz alta, casi chillona.

—Le acompañó a donde él fue. Y lo hizo con alegría. Lo amaba.

—¡Y pagó su imprudencia con la vida! —La voz de Hetty era acusadora.

—¿Cómo se atreve a decir algo así? ¡Ese hombre amaba con toda su alma a su querida esposa! ¡Oh, ya me previno contra usted! Nunca creí que pudiera existir semejante víbora. Pero ahora..., ahora veo que me decía la verdad.

—Ésta es mi casa. ¿Cómo se atreve a hablarme así en mi propia casa? ¡Se irá usted por la mañana, si no la echo antes! ¿Me ha oído?

Nadie podría haber dejado de oír a tía Hetty, pensó Sara.

Olivia intentó volver a intervenir.

—Hetty, de verdad... Las cosas se ven de otra forma tras una buena noche de sueño.

—Se lo advierto —dijo Hetty—. Si no se va, le contaré a la niña la verdad sobre la situación de Blair Stanley y por qué motivo está aquí.

Un escalofrío recorrió a Sara cuando escuchó las palabras de su tía. Escuchó con más atención la terrible discusión que se libraba abajo. Algo iba mal, algo horrible.

—¿Qué quiere decir con su «situación»? —preguntó la niñera.

—Sabe muy bien lo que quiero decir —replicó Hetty.

—Sólo tiene que solucionar un pequeño asunto financiero, sólo eso —insistió la niñera.

—¡Un pequeño asunto financiero! ¿¡Y qué más!? ¿Dónde se cree que estamos? Puede que la isla del Príncipe Eduardo sea una isla, pero no es otro mundo. Los pecados de Blair Stanley siguen llegando hasta aquí. Y a nosotros nos toca recoger los pedazos.

—No sé lo que quiere decir... —titubeó *nanny* Louisa.

—Pues deje que la lea el periódico de Charlottetown entonces. «Un escandaloso desfalco afecta a Importaciones Stanley, de Montreal. El gerente, Blair Stanley, acusado de robo». —Hetty volvió a mirar a *nanny* Louisa—. Así que todo depende de usted, ¿no es así? ¿Quiere que Sara tenga que enfrentarse al escándalo? ¿O prefiere irse de Avonlea rápida y discretamente?

Nanny Louisa no contestó. En vez de eso, dio media vuelta y salió de la cocina. Al oír el sonido de sus pasos subir las escaleras, Sara se metió en la cama y se tapó con las sábanas. Cerró los ojos y simuló estar dormida, aunque los tenía llenos de lágrimas. Papá estaba metido en un problema terrible y la familia de su madre no la quería...

Nanny Louisa entró en la habitación y se quitó en seguida la bata, murmurando y hablando entre dientes todo el tiempo.

—No pienso pasar otra noche con esa terrible mujer —juró.

Al oír eso, Sara se puso en pie de golpe sobre la cama.

—¿No irás a dejarme aquí con ella? —preguntó, con las lágrimas surcándole el rostro.

—Nos has oído, ¿verdad?

Sara asintió. Era inútil mentir.

—¿Todo?

—Sí, todo. ¿El periódico decía la verdad, *nanny* Louisa?

Louisa movió enfáticamente la cabeza.

—No. Los periódicos nunca cuentan toda la verdad, Sara querida. —*Nanny* Louisa se metió en la cama—. Duérmete ya, Sara. Mañana vamos a tener un día muy ajetreado..., muy ajetreado. Tendremos que levantarnos muy temprano... con el primer canto de la gallina... Cogeremos las maletas e iremos a la aldea, y allí buscaremos quien nos lleve a la estación. Nos vamos de este espantoso sitio. Así que atenta a la gallina.

—Al gallo —dijo Sara—. Los que cantan son los gallos, *nanny*.

—Gallos, gallinas, qué más da, querida. Duérmete ya.

Sara se durmió por fin, pero no fue antes de que sintiese frío, y luego se despertó lo bastante como para oír cantar al gallo. El frío que había sentido era el de la brisa que sopla justo antes del amanecer, en el momento que el sol aparecía en el horizonte del océano. Sara, todavía adormilada, agitó a *nanny* Louisa, y todo lo silenciosa y

rápidamente que les fue posible, se vistieron, hicieron las maletas y bajaron de puntillas.

—Ahora que lo pienso —dijo *nanny* Louisa cuando llegaron al porche delantero—. Luego enviaremos a por nuestros bultos. Déjalos aquí. Llegaremos antes sin ellos.

—Es una buena idea —estuvo de acuerdo Sara.

Desde luego, habría sido una locura intentar acarrearlos. Podrían caminar mucho más rápido sin ellos.

Empezaron a recorrer el camino. Sara estaba muy triste por irse antes de haber podido ver el huerto o tener la oportunidad de nadar en el estanque, o incluso correr por la arena de la playa. Pero era imposible. Tía Hetty era una mujer terrible, y por muy buena que pareciese tía Olivia, no compensaba lo desagradable que era. Además, pensaba Sara, aquí no me quiere nadie excepto Olivia. Felicity parecía insoportable y Félix era un crío odioso. Cecily era encantadora, como tía Olivia, y tío Alec y tía Janet parecían buenas personas, pero ni siquiera ellos parecían quererla aquí. Después de todo lo que se había dicho y hecho, todo se reducía a Hetty.

—Odia a papá —dijo Sara entre dientes—, y yo soy como una pesada carga para ella..., un deber.

—¿Qué? —preguntó *nanny* Louisa.

—Dije que la tía Hetty odia a papá.

Pero su niñera no le prestaba atención, porque había visto un carruaje acercándose por el camino.

—¿Y ahora qué? —preguntó *nanny* Louisa al detenerse.

El carruaje, conducido por tío Alec, se puso a su altura.

—Buenos días, señorita Banks. ¿Puedo preguntarle qué está haciendo?

—¿Sería tan amable de ayudarnos a llegar a la estación de tren, señor King?

El rostro de Alec King se nubló.

—Vamos, señorita Banks; no puedo hacer eso. Sara ha sido puesta bajo nuestra custodia. Somos responsables de ella y no debe interferir en esto. Esto es un asunto familiar.

Sara sintió un escalofrío al oír sus palabras.

—Preferiría dejar a Sara en un nido de serpientes de cascabel a dejarla aquí, señor King.

Una expresión de seriedad cubrió entonces el rostro de Alec King.

—Por favor, sea razonable y comprenda la situación en que nos pone si...

Nanny Louisa dio una patada en el suelo.

—Si no nos lleva a la estación, tendremos que ir caminando.

—¡Oh, no lo hará! —dijo Hetty King, que había aparecido de pronto tras ellos.

Sara tenía una molesta sensación en el estómago. Hetty no estaba sola. Iba un hombre con ella, un hombre desgredado y desaliñado que parecía haber sido sacado de la cama.

—¿Lo ve? —dijo Hetty, dirigiéndose a él—. Sabía que intentaría llevarse a Sara

consigo. ¡La hemos pillado con las manos en la masa! ¡Agente Jeffries! ¡Cumpla con su deber! —Entonces Hetty se volvió y miró con odio a la niñera—. Tendría que haberse levantado muy pronto esta mañana para poder hacerme esto, señorita Louisa J. Banks, o como se llame. Fui a buscar al agente de policía antes de que usted hubiese abierto los ojos.

Abner Jeffries dio un paso hacia adelante.

—Yo... er, ¿es usted Louisa J. Banks?

Nanny Louisa irguió la cabeza en gesto de desafío.

—Yo soy.

—Soy el jefe de policía de Avonlea. Parece que, er, tenemos un pequeño problema...

—Esto no es un pequeño problema, Abner —le interrumpió Hetty—. Es un flagrante caso de secuestro.

—¿Secuestro? —repuso Louisa, desconcertada—. ¿Está usted loca?

Tía Hetty agitó un hoja de papel en el aire.

—Recibí este telegrama del padre de Sara Stanley. Deja bien claro que los King quedan encargados de cuidar de esta niña que hay ante nosotros. Aquí lo dice, en negro sobre blanco.

El señor Jeffries dio un paso hacia la niñera.

—La señorita King tiene pruebas en la forma del mencionado telegrama. Dice que la niña debe quedarse al cuidado de las hermanas de su madre. Así que es mi deber, como humilde representante del tribunal de la isla del Príncipe Eduardo, pedirle que...

—¡Adelante con ella, Abner! ¡No te des tanta importancia! —dijo Hetty impaciente.

—Tendrá que marcharse —anunció Abner.

—No me iré sin Sara —anunció cabezonamente la anciana.

Olivia se acercó corriendo. Vestía una pesada bata y llevaba sueltos sus largos cabellos castaños, acariciándole los hombros.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó ansiosa.

—No metas a Sara en esto —advirtió el tío Alec a Hetty.

—Quédate al margen, Alec. Esta persona no es más que una empleada de Blair Stanley. Se le encomendó sólo que nos entregase a la niña. Y, como puedes ver, iba a llevársela. ¡Quiero que esta mujer salga de mis tierras y de esta isla!

Hetty no hacía caso a nadie, pensó Sara amargamente. Incluso se volvía contra su propio hermano.

—Estoy ocupándome de que Sara vuelva sana y salva con su padre —protestó vigorosamente la niñera—, porque usted no vale ni para cuidar de un perro, ¡y mucho menos de una niña!

El rostro de Hetty se tornó de un violento encarnado, y estuvo a punto de ahogarse por la rabia.

—¡Ah!, ¿y debo suponer que una casa donde el padre está arrestado acusado de un vulgar robo es un entorno mucho más saludable para una niña que Avonlea?

—¡Eso no es cierto! —gritó Sara, cerrando los puños por la rabia—. ¿Cómo se atreve a decir una cosa semejante sobre mi padre?

—Sé razonable, Hetty —intervino Alec—. Sólo viene de visita.

—De visita, sí. Su padre acabará en la cárcel y ella se quedará hasta que las ranas echen pelo.

Sara apretó los puños con más fuerza y golpeó el suelo con el pie.

—¡Es usted una vieja avinagrada y malhablada, y no pienso hacerle ningún caso!

Hetty clavó en Louisa una mirada fría y llena de dureza.

—¿Es así cómo dejan que los niños se porten en Montreal? Bueno, pues una semana a mi cuidado le bajaré un poco los humos.

Abner Jeffries cogió a Louisa del brazo.

—¿Podemos proseguir? Si persiste en su actitud, señora, me temo que tendré que acusarla del mencionado secuestro. Si ahora me acompaña voluntariamente a la estación, podremos... olvidarlo todo, y aquí no habrá pasado nada.

Recogieron las maletas de Louisa y Abner Jeffries tomó prestado el coche de tío Alec para llevar a la niñera a la estación.

Nanny Louisa se levantó y dijo en voz alta:

—¡En toda mi vida había visto semejante burla de la justicia! Soy una mujer cristiana. Me iré, pero esto no se acaba así. ¡Se lo prometo!

Entonces se volvió y cogió a Sara por los hombros.

—No te dejaría por nada del mundo, Sara, pero no tengo otra alternativa. Te prometo de corazón que volveré a por ti en cuanto haya hecho los arreglos necesarios. Tu padre necesita que seas fuerte. Haz que se enorgullezca de ti, querida. Sé valiente.

Lágrimas de rabia surcaban las mejillas de Sara.

—¡No! ¡No te dejaré marchar! ¿Qué será de mí? ¿Qué voy a hacer?

—Nadie te hará daño. Todo irá bien, querida —dijo *nanny* Louisa, intentando calmarla.

Sara intentó cogerse a la niñera, pero las separaron. Entonces corrió hasta la casa y subió a su cuarto, en el que se encerró tirándose luego sobre la cama.

¿Por qué querría retenerla tía Hetty? Si ni siquiera le caía bien. Agarró con furia las sábanas y tiró de ellas con ambos puños. Papá, arrestado..., la hermana de su madre parecía una vieja bruja..., *nanny* se había ido... Era como si el mundo entero hubiese girado de repente, y toda su vida hubiera cambiado al detenerse.

Veinticuatro horas después de su llegada a Villarrosa, Sara estaba tumbada en la cama mirando las vigas del techo de su habitación. Había sido el día más horrible de toda su vida.

Se oyó una ligera llamada en la puerta.

—¿Sara? Sara, querida, por favor, baja y toma algo de comer.

Sara aspiró y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Prefiero morirme de hambre antes de comer a la misma mesa que esa horrible mujer! —gritó.

—Sara, querida. Baja, por favor. Enfermarás si no comes —suplicó Olivia.

Y entonces al otro lado de la puerta se oyó la voz de Hetty.

—No nos oirás suplicarte más, jovencita. La despensa se cierra después de la cena; así que será inútil que intentes coger comida por la noche. Si tienes hambre, hay moras en el campo.

Sara escuchó hasta que sus pasos se alejaron y bajaron las escalera. Apretó los labios y se echó de costado.

—No cederé —murmuró—. No lo haré.

Capítulo ocho

Sara se sentó y parpadeó. La habitación seguía sin serle familiar, y cada vez que despertaba de un profundo sueño tenía que preguntarse dónde estaba. A la rosada luz que anunciaba el amanecer podía distinguir el armario de roble y el lavamanos de madera, con su cuenco y su jarra de porcelana blanca, porque no había agua corriente en el segundo piso. A ambos lados de la plana superficie del lavamanos había un toallero, y debajo un estante con toallas de repuesto y telas para lavarse, y un plato blanco con una pastilla de jabón.

Contra la pared había un pequeño escritorio, y sobre él había una lámpara de mesa para estudiar en invierno, cuando ya era de noche a las cuatro y media. El escritorio tenía una silla de madera con asiento de paja entretejida. Junto a la ventana había otra silla, mucho más confortable, cuyo tapizado de flores amarillas casaba con las cortinas.

Olivia había decorado y preparado esta habitación, pensó Sara con algo de culpabilidad. No era tan grande como su habitación de casa, pero era acogedora, e imaginaba que de no sentirse tan mal la habría encontrado alegre.

A Sara le gustaba su tía Olivia. Desde luego, no podía culpar a Olivia por los horribles actos y las duras palabras de tía Hetty. ¡Olivia era un ángel y Hetty una vieja bruja! Sara se estremeció y se abrigó con el cobertor. Se preguntó si su madre habría utilizado ese mismo cobertor tejido a mano, o incluso ayudado a hacerlo.

Unos minutos después se frotó los ojos, pues los tenía legañosos de haber llorado. Bueno, ahora era inútil llorar. *Nanny* se había ido y ella se había quedado sola. Y hambrienta. Apenas había comido algo en el tren, había comido poco en la cena en casa de los King, y no había comido nada en todo el día anterior. ¡Por muy hambrienta que esté, o muy hambrienta que pueda llegar a estar, no comeré en la mesa con esa mujer!, se juró Sara. Frunció el ceño y pensó... Hetty había dicho algo sobre moras. También había un huerto. Puede que alguna de las manzanas hubiese madurado ya. Cuanto más pensaba Sara en dulces moras y jugosas manzanas, más consciente era de las punzadas del hambre en su estómago. Haría como si fuese Robinson Crusoe abandonado en una isla desierta..., tendría que buscar su propia comida. Lo convertiré en un juego, pensó. Después de todo, ésta era la primera vez que tenía que hacer ella las cosas.

Sara permaneció un largo rato sentada en la cama con las sábanas subidas hasta la barbilla, mientras planeaba sus movimientos. Lo principal era vestirse rápidamente para no coger frío. Igualmente importante era hacerlo en completo silencio para no despertar a tía Hetty. No pensaba darle la satisfacción de que supiera lo hambrienta que estaba, decidió Sara. Miró a su alrededor y deseó haber colocado bien su ropa. Cielos, sólo era finales de agosto y ya hacía frío. ¿Quién habría podido sospechar que haría ese frío a primeras horas de la mañana? Naturalmente, no había tenido en cuenta al océano. Junto al océano siempre hace más frío y humedad.

Sara buscó por el cuarto sin salir de la cama hasta que encontró toda su ropa. Entonces saltó de la cama y se puso rápidamente los bombachos, la chaquetilla y las enaguas. Después se puso las medias y, finalmente, el vestido y el mandil. Buscó en su bolsa el chal, pensando que sólo lo necesitaría hasta que el sol estuviera bien alto y hubiera caldeado el aire.

Ya vestida, Sara abrió la puerta de su habitación con mucho cuidado para que la puerta no chirriara. Zapatos en mano, Sara recorrió de puntillas el pasillo en penumbra hasta llegar a la empinada escalera. Cuando pasó por la cocina en tinieblas, sólo se detuvo para coger una taza del estante de la vajilla. Abrió con cuidado la puerta de atrás, se puso los zapatos y corrió apresuradamente por la hierba húmeda de rocío en dirección al huerto.

Sara se detuvo a medio camino de los atrayentes árboles del huerto, al ver unas bayas silvestres. Las examinó con cuidado, pero prescindió de ellas porque no sabía de qué clase eran. Entonces vio, creciendo cerca del suelo en la ladera de la colina, pequeños racimos de arándanos silvestres. Llenó rápidamente su taza y su boca y luego siguió colina arriba hacia el huerto.

Los cerezos estaban vacíos y la mayoría de las manzanas no habían madurado aún, pero encontró dos peras y se las guardó en el bolsillo del mandil para después. Entonces dejó el huerto y se dirigió al cementerio de la familia King. Sólo tardó unos momentos en encontrar la tumba de su madre.

Buscando en los alrededores, reunió en seguida un ramillete de flores silvestres, para ponerlas luego en la hierba húmeda que había ante la lápida de su madre. Se inclinó para leer las palabras grabadas en el granito.

Ruth King Stanley 1871-1893.

Amada hija de Abraham King,

esposa de Blair Stanley y madre de Sara.

Amó esta hermosa isla tanto en la vida como en la muerte.

No deben ser separados.

En los ojos de Sara se formaron lágrimas cuando leyó la inscripción. El sol estaba saliendo y el cielo sobre el resplandeciente mar era de un brillante rosa. Los pájaros habían empezado a cantar y la hierba olía maravillosamente en la humedad de la mañana.

—Oh, mamá, sé cómo pudiste llegar a amar este lugar —dijo Sara en voz alta. Pudo notar el temblor en su propia voz, pero se secó las lágrimas y se mordió el labio. Entonces suspiró y pensó en la malvada tía Hetty—. Pero ¿cómo pudiste llevarte bien con tu familia?

Entonces, sintiendo la mirada de alguien clavada en ella, se volvió bruscamente.

Peter Craig, el mozo de tía Hetty, estaba a sólo unos metros de distancia. La miraba borreguilmente, y Sara pudo darse cuenta de que estaba avergonzado.

—Buenos días —consiguió decir Sara.

Peter sonrió y luego movió la cabeza.

—Creí que eras Felicity King, pero entonces pensé que nunca estaría aquí arrodillada en el polvo. Y menos a estas horas tan tempranas. A Felicity le gusta dormir hasta que el sol está bien alto en el cielo.

—Ésta es la tumba de mi madre —dijo Sara.

Peter asintió con la cabeza.

—Es el cementerio de los King. Ojalá yo tuviera un bonito cementerio privado. A mi familia siempre la han enterrado allí donde se caía muerta. —Hizo una pausa, y se rascó la cabeza—. ¿Sabes?, tu tía Olivia está últimamente muy triste.

Sara apretó los labios.

—Pues no lo estará mucho tiempo porque me iré muy pronto.

—Todavía no has recibido ninguna carta de casa. Claro que no llevas aquí mucho tiempo.

—¿Cómo sabes qué cartas recibo o no?

Peter se rió de forma natural y espontánea.

—Todo el mundo lo sabe todo de todo el mundo en Avonlea.

Sara no respondió. Se limitó a mirar a Peter Craig, quien, decidió, debía tener unos catorce años, más o menos. Era alto y delgado, y estaba bronceado por el sol del verano.

—Te gustará este sitio una vez te acostumbres a él.

—No quiero acostumbrarme a él. Quiero irme a casa.

—Bueno, es posible, sólo posible, si le das una oportunidad. ¿Quieres que te enseñe el lugar? Podrías saber por dónde vas ya que vas a pasar aquí una temporada. Vamos, te echo una carrera al estanque. —Volvió a sonreír, esta vez con una sonrisa desafiante—. A no ser que los de la ciudad no sepáis correr.

Sara se quedó inmóvil un momento mientras Peter echaba a correr hacia el estanque. Entonces, queriendo enseñarle que sí podía correr, fue tras él.

¡Qué sensación más maravillosa! El viento le acariciaba las mejillas y podía sentir cómo cedía bajo sus pies la hierba mojada por el rocío. Se detuvo al llegar al estanque.

—Es tan silencioso.

Sara miró a las tranquilas aguas. Podía ver su reflejo con toda claridad. Llevaba su largo cabello rubio recogido con una cinta azul y tenía las mejillas encendidas por la carrera.

—Ahora está silencioso —dijo Peter, subiéndose a una roca—. Las tardes de primavera no es tan silencioso, con todas las ranas pitando.

Sara inclinó la cabeza.

—¿Pitando? Creía que las ranas croaban.

—Los sapos, quizá, pero aquí tenemos ranas pequeñas. Las llamamos pitos. Las hay a miles y todas pitan a la vez.

—Me temo que no estaré aquí en primavera para oírlas.

Peter tocó el agua con la mano.

—¿Sabes? El agua todavía está lo bastante caliente como para nadar..., claro que el océano también lo está.

—¿El océano? Tenía entendido que está muy frío tan al norte.

—Aquí no. Es algo sobre corrientes. La corriente del golfo, creo que se llama. El caso es que está caliente hasta septiembre, sobre todo si el agua es poco profunda, como en una bahía.

—Bueno, el estanque me gusta. ¿A que sería ideal que fuéramos dos cisnes iguales? —comentó Sara mirando soñadoramente al agua.

Peter hizo una mueca.

—No, los cisnes son peores que los gansos, y ya tengo bastantes problemas alimentando a los gansos.

Sara ignoró su excesivamente práctico rechazo de su ensoñación romántica.

—¿Vas a enseñarme también la playa? —preguntó, levantándose dispuesta a explorar el resto de la isla.

—Claro, vamos.

—Igual encontramos caracolas.

—Puede. ¿Sabes una cosa? Tengo una caracola, una grande. Puedes llevártela al oído y oír el rugido del océano.

—¿De verdad?

—Sí, algún día te la enseñaré. Bueno, vamos; hasta la playa todo es cuesta abajo.

Sara cogió su chal y siguió a Peter. Corrieron por los campos y la ladera de la colina que llevaba hasta las dunas de arena, y por fin llegaron a la playa de arena, donde las olas rompían suavemente contra la costa. Puede que fuera bueno tener un amigo en Avonlea, pensó Sara..., aunque no fuera a quedarse.

Capítulo nueve

La cocina de madera ardía lentamente, y dentro de su horno se doraba un gran pollo camino de una perfección dorada. Junto al pollo chisporroteaba un anillo de grandes patatas de la isla del Príncipe Eduardo envueltas en sus gabardinas.

La tía Hetty, vestida como de costumbre, con su oscura falda sastre, inmaculada blusa blanca y un delantal deslumbrantemente limpio, desgranaba guisantes en el jardín. Los guisantes golpeaban el fondo de la gran marmita de hierro con un sonoro «ping».

Olivia estaba en la cocina removiendo la salsa una y otra vez para que no se formasen grumos y no se pegara al fondo de la sartén a medida que se hacía más rica y espesa.

—Vas a morirte removiendo esa salsa —comentó Hetty molesta, con sus palabras enfatizadas por un coro de «pings».

—Estoy inquieta, Hetty. Creo que hay otros modos de afrontar la situación. Tengo miedo de que la pobre Sara se muera de hambre. Está tan delgada como un raíl de tren.

—Soy maestra y sé cómo tratar a los niños, Olivia. No tendría ningún control sobre mi clase si no hiciera normas y las impusiera. Si no les haces saber desde el principio quién es el jefe, acaban subiéndosete encima.

Olivia dejó de remover.

—No es *cualquier* niña, Hetty. Es la hija de Ruth.

—Precisamente. Piensa en los hechos, Olivia. Primero Blair Stanley arruina la vida de Ruth y ahora es incapaz de atender a su hija. Nos la ha enviado, y al hacerlo la ha arrojado lejos como si fuera un guijarro de la playa. Bueno, no pudimos ayudar a Ruth, Olivia, pero podemos ayudar a Sara. Podemos reparar el daño que se ha hecho.

Olivia no contestó. Conocía a su hermana lo bastante bien como para no discutir. Estaba hecha de piedra, y Olivia sabía que, fuera lo que fuera lo que su hermana planease, desde luego lo habría hecho teniendo en mente el bien de Sara.

Hetty acabó con el último de los guisantes y se acercó a la bomba a limpiarse las manos. Miró por la ventana y vio a Sara y a Peter acercarse corriendo por el camino.

—Aquí viene Sara —anunció Hetty—. Tiene el rostro acalorado por el ejercicio. Eso quiere decir que ha estado corriendo, así que imagino que estará dispuesta a comer.

—Eso espero —dijo Olivia en voz baja—. No quiero que se ponga enferma.

La puerta de atrás se abrió y entró Sara. Sonrió a Olivia, pero apartó la mirada de Hetty.

—¡Así que has decidido agraciarnos con tu presencia! Supongo que estarás hambrienta, ¿verdad?

Hetty alzó una ceja y miró burlonamente a Sara.

—En lo más mínimo —mintió Sara.

El pollo olía deliciosamente, y la boca se le hizo agua al pensar en las patatas con caliente salsa de pollo, los rollitos calientes, los guisantes y la leche. Pero apretó los labios y se obligó a no ceder ante el aroma de la comida, ni al hambre que sentía pese a los arándanos y las peras que había comido.

—En los últimos dos días no has comido ni lo suficiente para mantener un pájaro con vida —se inquietó Olivia.

Sara pasó junto a ellas y se dirigió al salón. Hetty la siguió, y pudo oír las pisadas de Olivia detrás suyo.

—¡Me vas a hablar ahora! —ordenó Hetty—. Porque tengo algunas preguntas que hacerte. —Alcanzó a Sara y la guió hasta la sala de estar—. Siéntate ahí.

Sara se sentó en medio del sofá, mientras Hetty se sentaba frente a ella en la silla con el cojín bordado.

Sara supuso que tendría que responder, pero se juró que lo haría con las menores palabras posibles. Tampoco miraría a Hetty. Cogió un libro y simuló leerlo.

Hetty se inclinó hacia delante y le quitó el libro, cerrándolo de golpe.

—Espero tener toda tu atención, jovencita.

Sara siguió negándose a mirar a Hetty, pero miró a tía Olivia que estaba parada en la entrada, con aire preocupado. Entonces Sara bajó los ojos y se miró la punta de los zapatos.

—No, no tienes que mirarme —dijo Hetty irritada—. Sé que estás escuchando. —Hetty respiró profundamente—. Vamos, Sara Stanley, me resulta muy obvio que no has tenido una educación adecuada, y que soy la ideal para ese trabajo. Te guste o no, vas a quedarte en Avonlea, y, te guste o no, nunca es tarde para empezar a aprender. En primer lugar, bajo este techo no llevarás una vida de lujo caprichoso. Tendrás tareas.

Sara alzó la mirada y frunció el ceño.

—¿Tareas?

—Sí, tareas. En primer lugar lavarás los platos cada noche, tanto hayas comido como no. En segundo lugar, tendrás tu cuarto recogido y limpio. Puedes empezar deshaciendo correctamente las maletas y colgando tus ropas. En tercer lugar, tendrás que hacer ciertas tareas en la granja. Hay huevos que coger, moras y manzanas que recolectar, hierbas que arrancar y puede que alguna vez tengas que ordeñar. Te advierto que ésta es la época del año en que hay más trabajo. No queda mucho para que llegue el frío y todavía estamos envasando, conservando, salando y secando. Hay mucho para mantener tus ociosas manos lejos de los problemas.

Sara miró alegremente a su tía.

—No voy a quedarme, y no tengo intención de dejar que me diga lo que debo hacer.

—Eso lo veremos —dijo Hetty, dejando que el desafío de Sara cayera por su propio peso—. Ahora, ¿en qué curso de la escuela estás?

—Yo no voy a la escuela —respondió Sara con algo de arrogancia.

—¡Eso es ridículo! —explotó tía Hetty—. ¡Todos los niños van a la escuela!

—Yo no, porque papá no aprueba la educación tradicional —anunció Sara.

Hetty movió la cabeza.

—¿Quieres decirme que no hay ni una brizna de conocimiento en esa cabeza tuya?

—Yo no he dicho eso —respondió Sara cortante—. He tenido tutores.

—¿Tutores? ¡Vaya con la gran señora! ¿Y, en el nombre del cielo, qué es lo que te enseñaron?

—Literatura inglesa, historia del arte, pintura, música y danza.

—¡Por las estrellas! ¿Qué me dices de las matemáticas y la geografía? —preguntó Hetty, forcejeando aún con la realidad de la obviamente privilegiada vida de Sara.

—Papá dice que viajar es la mejor manera de estudiar geografía. He recorrido medio mundo. He estado en el Nilo y he visto las pirámides.

—Qué afortunada. Desafortunadamente, las pirámides no entran en el curso, aunque la forma de su base podría entrar en geometría.

—¿El curso? —preguntó Sara. ¿Qué diablos era un curso?

—¿Así que no sabes nada del curso básico?

—Podría, si supiera lo que es.

Hetty cruzó los brazos ante ella, con satisfacción. Miró a Olivia fijamente, y luego volvió su atención a Sara.

—Un curso es la suma total de los temas que se enseñan en la escuela. El curso básico incluye lectura, caligrafía, matemáticas, historia y geografía. Lógicamente, los mayores estudian matemáticas avanzadas —álgebra y geometría—, además de latín.

—No me quedará el tiempo suficiente para tener que ir a la escuela —dijo Sara a la defensiva.

—Oh, yo creo que sí. La escuela empieza en unas semanas. Y no te creas que habrá favoritismos por el hecho de que yo sea tu tía. ¡Eso te lo aseguro!

Sara se burló.

—¡Y el hecho de que yo sea su sobrina no quiere decir que tenga que gustarme este sitio!

—No importa —repuso Hetty, levantándose mientras se alisaba la falda.

Olivia esperó mientras Hetty pasaba a su lado y dejaba el salón. Entonces fue directamente hacia Sara y se sentó en el sofá junto a ella.

—Sara, querida, ven a comer, por favor. Me causas una gran preocupación.

Sara sintió que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas al mirar el rostro realmente preocupado de su tía. Entonces asintió lentamente y, parpadeando, se quitó las lágrimas.

—No puedo hacerte daño, tía Olivia. Comeré con ella, pero no le hablaré a no ser que sea absolutamente necesario.

Olivia abrazó con fuerza a Sara y, luego, apartándose de ella, añadió:

—Vamos, Sara. Ya verás cómo las cosas mejorarán, te lo prometo.

Capítulo diez

El primer día de cada nuevo curso escolar siempre estaba marcado por una especie de competición. Todos los niños iban más limpios y resplandecientes que la nieve recién caída y exhibiendo nuevos cortes de pelo. Todos llevaban una manzana para la maestra y todos se esforzaban por llevar la manzana más grande, más roja y más jugosa del huerto. Las niñas competían por ser la mejor vestida y acicalada. Todas se ponían su mejor vestido y llevaban sus mejores y más grandes lazos. Todas, excepto Clemmie Ray. La madre de Clemmie Ray era demasiado estricta para dejar que su hija fuese de gala. Janet King siempre decía que «la madre de Clemmie Ray es tan estricta que hace parecer una libertina a tía Hetty».

Felicity King se tomaba muy en serio el primer día de clase. En su humilde opinión, ella siempre era la mejor vestida. ¿Y por qué no? Pasaba varias semanas preparándose.

Cuando se dirigía a la escuela, Felicity echaba hacia atrás la cabeza sólo para sentir cómo el pelo le acariciaba el cuello. La noche anterior había peinado sus largos cabellos en tiras y ahora tenía quince trenzas perfectas, todas ellas agrupadas en un inmenso lazo amarillo. Su vestido también era amarillo, con profundos volantes. Sobre el vestido llevaba su nuevo mandil blanco. También tenía pequeños volantes en los hombros y a lo largo de los bordes.

Felicity entró en el aula y miró a su alrededor. No había cambiado nada desde el año anterior. Nunca cambiaba. Luego olfateó y decidió que ni siquiera el olor había cambiado. Seguía oliendo a polvo de tiza y a zapatos viejos que se habían secado a la estufa.

Era una habitación grande con hileras de pupitres. Cada uno de ellos estaba unido al pupitre que tenía delante. Y cada pupitre se abría para revelar una espaciosa zona de almacenaje que contenía una pizarra, una tiza, una goma, de borrar, un palillero de madera con una plumilla y un pequeño bote de tinta.

En el centro exacto de la parte frontal de la habitación estaba la mesa de tía Hetty. Tenía un gran secante verde en el centro y un vaso en una esquina. Entre dos sujetalibros había cuatro grandes libros, y tras la mesa había una gran pizarra.

Felicity se volvió al oír el ruido que hacían los demás al entrar en la clase.

—Has venido muy pronto —dijo Clemmie Ray, con lo que a Felicity siempre le pareció una voz ratonil.

Clemmie Ray era algo mayor que Cecily, la hermana de Felicity, pero era muy cría. Clemmie Ray era tan simple como el *pudding* de vainilla, e igual de gorda. Felicity también la consideraba una llorica. Pero, pensó en seguida Felicity más caritativa, ¿quién no lloraría teniendo a la madre de Clemmie? Además de estricta era la mujer más remilgada de toda Avonlea.

—Debes haber venido corriendo —dijo Félix al entrar en el aula—. Ya sé que sólo querías llegar aquí antes que Sara.

—A mí no me importa nada la señorita Sara Stanley —respondió cortante Felicity.

—¿Y qué más? —retrucó Félix, y sacó una buena porción de lengua.

—Se te van a meter las moscas en la boca y se te comerán el cerebro..., o lo harían si tuvieras cerebro —dijo Felicity desdeñosamente.

—Cierra la boca —dijo Félix malhumorado.

—Cierra la tuya, está más cerca —repuso Felicity.

Andrew entró por la puerta y se detuvo torpemente al fondo de la habitación. Se sentía más grande que los demás. Ya había asistido a otras escuelas, donde la mayoría de los estudiantes tenían su tamaño. Pero ésta era una escuela de una sola aula. Los estudiantes eran de distintas edades y tamaños, la mayoría más jóvenes y pequeños. A continuación entraron más alumnos en la habitación. Algunos se sentaron pronto; otros, sobre todo las niñas que querían ser admiradas, caminaban por el cuarto.

Sara apareció la última. Felicity decidió en seguida que Sara había estado esperando al amparo de los árboles cercanos a la escuela a que todos estuvieran dentro, para así poder hacer su *entrada*.

Aunque el autocontrol de Sara le permitió mantener la compostura, no disfrutaba con la atención de sus nuevos compañeros de clase, como suponía Felicity. Sara miró a su alrededor y se sintió como si todo el mundo estuviera mirándola. Parecía obvio que no le caía bien a nadie, pero mantuvo la cabeza erguida y se sentó enseguida en un pupitre deseando ser invisible.

Felicity intervino.

—Éste es mi sitio, si no te importa.

—Lo siento —repuso Sara, levantándose del pupitre. Miró a su alrededor buscando un sitio vacío.

—El sitio de mi lado está vacío —le dijo Cecily.

Sara se sentó, alisándose el vestido e intentando ignorar los comentarios, pero oyó a sus espaldas los murmullos de los demás.

—¡Me han dicho que su padre es rico! —oyó susurrar a una chica.

—Mi mamá dice que toda su ropa viene de París. ¿Es verdad eso, Felicity? —comentó otra chica, inclinándose en dirección a Felicity.

El rostro de Felicity se endureció.

—Yo, desde luego, no lo sé. Es un pariente lejano y a mí no me importa nada —replicó con un tono de voz que Sara pudo oír con toda claridad.

Sara estuvo a punto de replicar, pero en ese momento entró tía Hetty, llevando un largo puntero en la mano. Golpeó sonoramente con él una esquina de su mesa.

—¡Silencio! ¡Quiero un silencio absoluto! —exigió. Entonces, cerrando los ojos, escuchó, esperando hasta que le pareció que todo el mundo contenía el aliento, y luego abrió los ojos y estudió a los alumnos, deteniéndose en su joven sobrino—. Félix King, ¿quieres dirigir la oración a nuestro Señor?

Félix se aclaró la garganta y empezó la oración:

—Padre nuestro que estás en los cielos, atormentado sea tu nombre...

En el aula se oyeron risitas, pero nadie le interrumpió. Cuando terminó, abrió los ojos para ver que Hetty le miraba fijamente.

—Ya sé que el curso pasado eras demasiado joven, y que ésta es la primera vez que vas a dirigir la oración de la mañana, pero la verdad es que pensaba que te la sabías, Félix. No es *atormentado* sea tu nombre, sino *bendito* sea tu nombre.

—Bendito —murmuró Félix—. No sé lo que significa eso.

—Pero sí sabes lo que es Halloween^[1], ¿verdad?

—Claro, es cuando nos dan caramelos.

Todo el mundo volvió a reírse, pero Hetty golpeó con fuerza la mesa con el puntero y volvió a reinar un silencio instantáneo.

—Quiere decir sagrado. Supongo que sabrás lo que significa sagrado.

Félix asintió rápidamente con la cabeza y rezó en silencio por no tener que explicarlo. Hetty no siguió por ahí.

—¡Levantaos todos! —ordenó imperiosa—. ¡Sal al frente, Felicity King!

Felicity se levantó y se dirigió al frente de la clase.

—Nos dirigirás en el himno «Dios salve al Rey». Todos firmes. ¡Las espaldas erguidas!

Hetty recorrió la clase y en seguida golpeó con el puntero en el trasero a Andrew.

—¡Que parezca que prestáis atención! Un cuerpo holgazán contribuye a una mente holgazana. Una buena postura es señal de una buena educación. —Cuando todos estuvieron firmes como soldados de hojalata, ordenó a Felicity—: ¡Empieza!

Cuando hubieron acabado y se sentaron de nuevo, Hetty sonrió.

—Quisiera que dierais la bienvenida a Sara Stanley y a Andrew King. Son nuevos en Avonlea, y espero que hagáis que se sientan como en casa durante todo este año escolar. Ahora, Sara, ¿puedes recitarme la tabla del dos?

Sara miró a Hetty y sintió que las mejillas se le encendían cuando el resto de la clase se la quedó mirando y empezó a reírse. ¿Qué podría ser la tabla del dos?, se preguntó.

—Bueno, Sara, no me mires como si hubieras perdido la cordura.

—No sé lo que quiere decir —respondió Sara honestamente.

Hetty resopló entre dientes y meneó la cabeza.

—Bueno, entonces, supongo que tendrás que sentarte con los más pequeños hasta que *sepas* lo que quiero decir.

Sara empezó a recoger sus libros.

—Si eso es lo que quiere... —respondió, con testarudez.

El rostro de Hetty parecía un nubarrón de tormenta.

—No sólo te sentarás con los niños de primero, ¡sino que te quedarás después de clase y practicarás las tablas hasta que te las sepas!

Sara irguió desafiante la cabeza mientras se levantaba y cambiaba de asiento.

Hetty ni siquiera la miró.

—¡Andrew King! ¿Quieres recitar la tabla del doce, empezando por doce por seis?

Andrew se levantó todo lo recto que le fue posible. Tenía el rostro rojo como la grana, pero empezó a recitar:

—Doce por seis son setenta y dos, doce por siete son ochenta y cuatro, doce por ocho son noventa y seis, doce por nueve son ciento ocho, doce por diez son ciento veinte, doce por once son ciento treinta y dos, doce por doce son ciento cuarenta y cuatro.

Hetty le miró fijamente.

—Muy bien, Andrew.

Sara se removió incómoda en su silla. Resultaba que las tablas no eran más que multiplicaciones. Bueno, pensó, después de todo no vendré mucho tiempo a clase.

Capítulo once

Eran ya casi las cinco. La cálida y acogedora cocina de Villarrosa olía al pastel de moras recién hecho por tía Olivia. En la cocina, un guiso se cocía a fuego lento en su propia salsa mientras hogazas de pan casero y una bandeja de rollitos se enfriaban en el mostrador. Olivia se afanaba en la cocina preparando la cena, pero tenía la mente en otra parte. Se preguntaba cómo estaría adaptándose su sobrina a la escuela, a Avonlea, a los demás niños y, sobre todo, a Hetty, cuyo ladrido, bien lo sabía Olivia, era peor que su mordisco.

—No importa —murmuraba Olivia para sí, mientras removía el guiso—. No puedo hacer mucho para facilitarle las cosas a Sara, salvo quererla y preocuparme de que coma bien.

Apenas pensó en Hetty, se abrió la puerta de atrás y entró ella, llevando sus libros bajo el brazo. Olivia alzó la mirada y sonrió.

—Bueno, ¿cómo te ha ido el día?

—Fue como yo esperaba —respondió cortante.

Olivia había esperado que su hermana fuese más explícita, pero debió haberlo supuesto. Hetty sólo respondía a preguntas directas.

—¿Cómo fue el primer día de Sara?

Hetty meneó la cabeza.

—Bueno, resulta de lo más evidente que su educación tiene grandes lagunas —hizo una pausa, y una ligera sonrisa curvó sus finos labios—, pero desde luego es una chica lista. Parecía que no se sabía la tabla de multiplicar, así que la retuve después de clase. Y me la recitó en seguida, casi sin enseñársela. Sí, no hay ninguna duda. Aprende rápido.

Olivia sonrió sin disimulo.

—Oh, ya había notado que era lista, Hetty. Lo noté en cuanto la vi. Tiene ojos brillantes, brillantes e inquisitivos.

—Una maestra tiene que basar sus afirmaciones en algo más que en una «sensación» y unos ojos brillantes, Olivia. Los resultados son lo que cuentan. Después de todo, hasta las gallinas tienen los ojos brillantes.

Olivia contuvo una sonrisa.

—Estoy segura de que sólo basas tus afirmaciones en resultados, Hetty. Sé que nunca dejarías que el cariño afectara a tus opiniones.

Hetty miró a Olivia con escepticismo.

—¿Te estás burlando de mí?

Olivia abrió mucho los ojos, con la inocencia reflejada en ellos.

—Por supuesto que no. Sólo quería decir que sé lo en serio que te tomas tus clases.

—Estaría engañando a los niños si no me las tomase en serio. Enseñar es una gran responsabilidad. En cualquier caso, para mí es un gran alivio descubrir que Sara no es

toda Stanley. Y tampoco es de las que se inclinan según sople el viento. Ruth era así, como un sauce al viento.

Hetty se sentó, y sus ojos adquirieron una mirada familiar, lejana. Era una mirada que siempre tenía cuando hablaba de Ruth.

—¿Te acuerdas, Olivia..., te acuerdas de cuando Ruth quería ser actriz? Solía disfrazarse y representar toda clase de obras... y también se inventaba las historias. Y entonces, ¡puf! Desaparecieron todos sus deseos de ser actriz y sólo quería ser pintora.

—Recuerdo que se sentaba junto al mar a pintar.

Hetty meneó la cabeza como para alejar los pensamientos sobre su hermana muerta.

—Y entonces, ¡puf!, apareció Blair Stanley y ella renunció a todo por él. A todo. Como un sauce al viento... así era.

Olivia asintió.

—Me parece que Sara tiene el mismo espíritu de Ruth —dijo entonces, en voz baja.

Hetty se mostró de acuerdo.

—Sí, hoy la sorprendí mirándome, y cuando lo hice me pareció estar mirando a los ojos de Ruth. Me dio un buen susto, te lo aseguro. Fue como si hubiese viajado en el tiempo.

Hetty apretó los labios y apartó la cabeza. Olivia sabía que estaba muy conmovida.

No obstante, Hetty se recobró en seguida y empezó a poner los rollitos en una cesta.

—Será mejor que tapemos estos rollitos, Olivia. Bien tapados y encima de la cocina, aguantarán calientes hasta la cena.

—Me alegro de que te dieras cuenta de lo lista que es Sara —dijo Olivia, ignorando el intento de su hermana de cambiar de tema.

—Sí, es muy lista y muy valiente —concedió Hetty—. Pero no es imprudente. Sabe cuándo contenerse y, desde luego, tiene una generosa cantidad del orgullo de los King.

Olivia sonrió esta vez.

—Parece que quien habla ahora es el orgullo de los King, Hetty.

Hetty sacudió la cabeza.

—¡Humph! —declaró, no queriendo admitir su parte en esa emoción—. Por cierto, ¿dónde está Sara? Espero que esté arriba, repasando las tablas.

Olivia lanzó una carcajada.

—Oh, Sara no está en casa. Creía que tú sabrías dónde estaba.

—¿No está en casa? ¡Si me dejó hace más de una hora!

—No tienes por qué preocuparte, Hetty. Debe estar jugando con sus primos.

Hetty pareció molesta.

—¿Sin decirnos dónde está? ¿Eso no es más propio de un Stanley? ¡Correr por ahí! Bueno, esta casa tiene sus normas, y habrá que dejárselas bien claras cuando vuelva.

Olivia negó con la cabeza.

—Los niños son niños, Hetty. Estoy segura de que estará pasándoselo bien. Me alegra ver que por fin empieza a adaptarse, a hacer amigos. Para mí, es un alivio, te lo aseguro.

—Mientras no llegue tarde a cenar —dijo Hetty.

El sol empezaba a ponerse tras la loma, y a Sara le parecía como si todo el cielo fuera rosa, azul y oro. Grandes gaviotas blancas se perseguían sobre el agua, mientras, en una roca cercana, un cormorán negro, con sus festoneadas alas extendidas, esperaba inmóvil a su presa en las calmadas aguas de la cala.

Sara miró el mar durante un largo instante. Luego terminó de recoger flores silvestres y fue directamente a la tumba de su madre. Se arrodilló y, apartando cuidadosamente las flores que había puesto anteriormente, las reemplazó con capullos frescos de púrpuras margaritas silvestres y suaves plumeros amarillos. Eran las últimas flores silvestres del verano. Pronto sólo el brillante rojo de las moras y las bayas daría color a las plantas que no dormían en invierno.

—Cuando no haya más flores, te traeré moras —prometió Sara.

Cuando terminó de colocar las flores, Sara extendió el chal y se sentó en él, frente a su madre.

—Cada vez me gusta más tu isla —admitió casi en un susurro—. Y la tía Olivia es muy buena. —Frunció el ceño—. Aún así, voy a sentirme muy sola, mamá. No creo caerle bien a muchos niños. Tampoco creo que Andrew les caiga bien. Los dos somos parias porque somos de «fuera», como dice todo el mundo. —Sara suspiró—. Me gustaría que papá me escribiese. Y echo de menos a *nanny* Louisa. Las cosas no son como esperaba —añadió en un susurro más suave aún.

Le tembló la voz, pero no lloró. Ya no le quedaban lágrimas.

—¿Sara?

Se volvió bruscamente para ver a Andrew, parado en silencio a unos metros. Llevaba los libros sujetos con una correa y tenía puesta su gorra, perpetuamente torcida a un lado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—Vengo a buscarte.

—Oh —replicó Sara.

Estaba sorprendida, pero no molesta de verle. En ciertos aspectos, Andrew estaba más desplazado que ella. Ella sólo tenía que soportar la afilada lengua de Hetty, pero el pobre Andrew vivía con Alec y Janet King. Ella tenía su propio cuarto en Villarrosa, pero Andrew debía compartirlo con ese horrible Félix King y, lo que era

peor aún, tenía que vivir bajo el mismo techo que Felicity.

—¿Cómo estás? —preguntó Andrew preocupado—. La tía Janet dice que casi te matas de hambre.

Sara miró a la hierba, antes de asentir.

—Ahora ya como —admitió.

—También me he enterado de lo de tu padre. Lo siento.

Sara apretó los labios y, alzando la mirada, entrecerró los ojos.

—¡No te atrevas a decir nada sobre mi padre! ¡Sea lo que sea lo que hayas oído sobre él, no es más que un montón de mentiras! ¿Entendido?

Andrew pareció avergonzado, y desplazó el peso de su cuerpo de un pie al otro.

—Por supuesto, lo entiendo. Vamos, pasea conmigo. Es casi la hora de cenar, ¿sabes? No sé en tu caso, pero tía Janet no se toma muy bien que llegue tarde.

Sara se rió.

—Tía Hetty no se toma nada bien.

—¿Querrás acompañarme mañana a la salida del colegio? —preguntó de pronto Andrew.

Sara medio sonrió y asintió.

—Si estás seguro de querer que te vean conmigo.

Andrew sonrió.

—¿Echamos una carrera colina abajo?

Sara no pensaba dar ventaja a Andrew, como hizo el otro día con Peter.

—El último en llegar es un huevo podrido —gritó, echando a correr todo lo rápido que podía.

Capítulo doce

—Juntaros más —ordenó Felicity a Cecily y a Clemmie Ray—. Sois tan bajas que giráis la cuerda demasiado bajo —se quejó.

Estaban todos en el patio de la escuela. Félix, sentado en una roca cercana, miraba con desagrado a las tres niñas que saltaban a la comba. Quería jugar a las canicas, pero los demás chicos se habían ido ya.

Felicity se metió entre la cuerda giratoria.

—El rey de Francia subió a la colina, con cuatro mil soldados —jadeaba al saltar—. El rey de Francia bajó de la colina, y nunca volvió a subirla...

Salió fuera del arco de la cuerda y Cecily y Clemmie dejaron que la cuerda se aflojase.

—Todavía no he fallado —les recordó Felicity.

—Tú nunca fallas —replicó dolida Clemmie Ray—. Y nunca nos toca a nosotras.

—Yo me sé más rimas —intervino Félix.

—Son impropias y no queremos oírlas —dijo cortante Felicity.

—Vamos —dijo Félix, levantándose—. Ya es casi la hora de hacer los deberes. Será mejor que nos vayamos.

Felicity, Félix, Cecily y Clemmie Ray recogieron sus libros y se pusieron en marcha por el polvoriento camino rojo. Cecily y Clemmie Ray eran buenas amigas y caminaban algo detrás de los otros dos.

Felicity se echó el chal sobre los hombros y caminaba decidida delante de todos.

—Me alegro de que Sara tuviera que quedarse ayer después de clase. Se lo tiene merecido. Se cree muy lista.

—Ese Andrew es igual de malo —exclamó Félix—. Sólo sabe hablar de lo mucho que sabe. Al menos tú no tienes que compartir el cuarto con Sara. Yo tengo que compartirlo con Andrew. A los dos les encanta darse importancia.

—Lo sé. Fíjate en los vestidos que ella lleva a la escuela. ¿Quién se cree que es? ¿La reina de Inglaterra?

Cecily se miró el vestido. Antes había sido de Felicity y se había lavado tantas veces que había desaparecido todo el color y el brillo de la tela.

—A mí me parece que sus vestidos son bonitos —dijo anhelante.

Clemmie Ray, cuyos vestidos, hechos con la tela de un saco de harina Monarcn, estaban aún más ajados que los de Cecily, se apresuró a mostrarse de acuerdo.

—Y a mí. Me gustaría poder llevar vestidos así. Pero mi mamá nunca me dejaría.

No añadió: «aunque tuviéramos dinero para comprarlos».

Felicity pateó el polvoriento camino.

—¡Ojalá su padre viniera y se la llevara! ¡Ojalá viniera cuanto antes!

Clemmie Ray meneó lentamente la cabeza.

—Mi mamá dice que no hay muchas esperanzas de eso. Dice que su padre es un escándalo. Signifique lo que signifique eso.

Felicity se volvió y la miró despectivamente.

—Eso significa, Clemmie, que el padre de Sara ha mancillado el buen nombre de nuestra familia. A mí personalmente, me avergüenza estar emparentada con ella.

Cecily miró a su hermana, y luego habló en voz baja, pero firme.

—A mí me gusta Sara, y también me gusta Andrew. Son nuestros primos y no deberías hablar así, Felicity King.

—No deberíamos hablar así, no deberíamos hablar así. Sí, sí, sí —dijo Felicity, imitando a su hermana pequeña—. Eres una tontorrón, Cecily. No te hagas la santita.

Félix sonrió maquiavélicamente.

—Oye, Felicity, quizá deberíamos enseñar a Andrew y a doña Sara Stanley quién manda aquí.

Felicity sonrió.

—Y creo que sé cómo hacerlo.

—¿Cómo? —preguntó Félix, rascándose la cabeza. Felicity siempre era demasiado rápida para él. Su mente parecía funcionar a mayor velocidad.

—Con la trampilla —susurró su hermana, para que no la oyeran las otras dos niñas—. Ya *sabes* a dónde da.

Félix se palmeó la pierna y lanzó una carcajada.

—Eso les enseñaré.

—Vamos corriendo a casa. Si no me equivoco, Sara y Andrew pasarán justo cuando estemos trabajando en el granero.

Félix sonrió malévolamente.

—Habrá que encontrar un modo de atraerlos dentro.

—Sé como hacerlo. Tú espera y verás —repuso Felicity con una risita.

El bajo y torcido gallinero estaba justo fuera del granero. Felicity y Félix estaban recogiendo huevos, mientras permanecían atentos a la proximidad de Andrew y Sara.

—Les daremos su merecido, y además terminaremos nuestro trabajo —anunció ella.

De pronto, Félix dio un codazo a su hermana.

—Ahí vienen —susurró con alegría nada disimulada.

—Doña Remilgos se va a llevar una buena sorpresa —predijo Felicity.

—Y ese sabihondo de Andrew —añadió Félix, disfrutando con la idea de lo que iban a hacerles. Dejó a un lado la cesta con huevos y llamó a sus primos—. ¡Andrew! ¡Sara! ¡Venid aquí!

A continuación, Felicity y Félix corrieron al interior del granero y subieron por la escalera al henil.

—¡Aquí arriba! —gritó Félix.

Félix se asomó a la ventana del henil.

—¡El gato ha tenido gatitos! ¿Queréis venir a verlos? Son tan pequeños y bonitos.

Félix les hizo señas con la mano.

—¡Están aquí arriba! —Se volvió hacia su hermana—. ¡Vamos, de prisa! Hay que preparar la trampa.

—Oh, nunca he visto gatitos recién nacidos —dijo Sara, tirando de Andrew hacia el granero.

Andrew la siguió, sin decirle que, a él, los gatitos recién nacidos le parecían como ratones.

Sara guió a Andrew hasta el granero, que olía a heno fresco y a penetrante estiércol. Parpadeó en la penumbra.

—Hace tanta luz afuera que aquí dentro estoy ciega.

—Yo tampoco veo nada —admitió Andrew.

—¡Félix! ¡Felicity! ¿Dónde estáis? —gritó Sara.

—¡Aquí arriba! —les gritó Félix desde el henil.

—Daros prisa —imploró Felicity—. La madre se los está llevando.

Sara y Andrew subieron por la escalera hasta el henil, donde todo parecía estar más oscuro aún.

—¿Felicity? —llamó Sara.

—Por aquí —respondió en voz baja.

Sara y Andrew caminaron entre el espeso heno hacia la voz de Felicity.

De pronto, el suelo cedió bajo ellos.

Sara gritó cuando los dos cayeron por la trampilla hasta el estercolero del granero. Aterrizaron sobre un montón de paja y estiércol de vaca que les llegaba hasta la cintura. Sara parpadeó incrédula, cuando el gran cerdo rosado que retozaba en el estiércol le acercó su rosado morro.

Félix y Felicity se reían por encima de ellos, asomando las cabezas por la trampilla.

—¡Parece que habéis picado! —exclamó Félix.

—Desde luego, ahora no parece que hayas estado en París —se burló Felicity—. ¡Y tampoco hueles a perfume francés!

Félix tiró a Felicity de la manga.

—Será mejor que terminemos de recoger los huevos y vayamos a casa. Imagínate lo enfadados que estarán, y Andrew es más grande que yo.

Felicity asintió, y bajaron a toda prisa, desapareciendo en la oscuridad del granero.

—Ni siquiera los mires —dijo Sara, saliendo del cálido y pegajoso estiércol.

¿Cómo podía haber pensado que Felicity estaría dispuesta a ofrecerle su amistad? No había sido más que un truco.

—Voy a matarlos, de verdad que sí —anunció Andrew, cerrando el puño.

Sara movió la cabeza.

—Es lo que quieren.

—Entonces se lo diré a tío Alec. ¡Eso es lo que haré! Y recibirán su merecido.

—No, eso sería demasiado fácil. Escúchame, Andrew. No nos enfurezcamos;

venguémonos.

Andrew la sonrió.

—¿Tienes alguna idea?

—Todavía no. Pero la tendré. Sólo tengo que pensar un poco. Mientras será mejor que nos limpiemos. Vamos al estanque.

Se acercaron al estanque todo lo rápido que pudieron.

—Me siento como si mi propio olor me persiguiera —dijo Andrew mientras corría. Movi6 la cabeza—. El agua va a estar muy fría.

—Habrá que aguantarse —dijo Sara—. Que no sepan que han conseguido enfurecernos, Andrew.

—Creo que tú eres mejor actriz que yo actor.

Al borde del estanque, Sara se quitó el vestido y lo moj6. No tenía mucho frío en ropa interior, porque había hecho calor todo el día y aún seguía haciéndolo. Colgó el vestido en una rama para que se secara. Hubo una vez en que pensó que mancharse podría resultar divertido, pero esto no había sido divertido porque no había sido un juego. Félix y Felicity se habían aprovechado de Andrew y de ella: habían sido simple y llanamente malos.

Sara y Andrew se lavaron enérgicamente en la fría agua del estanque.

—Menos mal que el sol ha brillado todo el día —dijo Andrew—. Si no, el agua habría estado helada.

—No se saldrán con la suya, Andrew. Ya se nos ocurrirá algo para que nos lo paguen. Pensaremos en cuál es la mejor manera de vengarnos y de quedar en paz.

De pronto, Peter Craig asomó la cabeza por encima de los arbustos que bordeaban el estanque.

—Os lo han hecho, ¿eh? Me refiero a Félix y Felicity. No sois los primeros a quienes les hacen este truco.

—¿A ti también? —preguntó Andrew.

—Sí, hace mucho tiempo —contestó, sonrojándose.

—¿Cómo nos has encontrado? —preguntó Sara, mientras se salpicaba agua en brazos y piernas.

—Siguiendo el olor —dijo, riéndose, añadiendo luego, en voz más seria—: Os vi salir corriendo del granero.

—Nos vengaremos —juró Sara.

—Si es venganza lo que queréis, seguro de que Peg Bowen podría hacerles algo. Si alguien puede hacerlo, ésa es ella.

—¿Quién es Peg Bowen? —preguntó Sara con curiosidad.

Creía haber oído antes ese nombre, pero no podía recordar dónde.

—Dicen que es una bruja —dijo Peter en tono confidencial—. Todo el mundo la tiene miedo.

Sara sonrió. Ahora recordaba haber oído a Clemmie Ray hablar de la bruja, de Peg Bowen.

—¿Felicity y Félix la tienen miedo?

Peter asintió con la cabeza.

—Oh, sí.

—¿Puedes llevarnos con ella? —preguntó Sara.

—Bueno, la verdad, tengo que llevarle estos huevos..., pero no sé lo que le parecerá ver a extraños.

—Entonces descubriremos dónde vive e iremos solos.

—No creo que sea una buena idea —comentó Andrew.

Peter se frotó la barbilla.

—Os llevaré —concedió—. Pero no debéis parecer asustados.

Sara le miró con dureza.

—No estoy asustada —dijo con firmeza—. No creo en brujas..., bueno, no mucho.

Peter cubrió los huevos con cuidado.

—Por aquí.

Los condujo hacia el bosque de pinos que había más allá de la loma.

Peg Bowen era una persona muy especial, y aunque algunas personas la llamaban bruja, eso no quería decir que no la respetasen. La verdad era que, al igual que su madre antes que ella, estudiaba las plantas que crecían en la isla. Sabía cómo hacer medicinas y calmar el dolor. Vivía a cierta distancia de Avonlea, en una casita en el bosque de pinos, y, aún así, siempre parecía saber todo lo que le pasaba al pueblo y a la gente que vivía en los alrededores. Los niños que la consideraban una bruja se habrían sorprendido al saber que algunas de las personas más respetables de la comunidad visitaban a Peg Bowen para comprarle medicinas.

El suelo del bosque estaba cubierto de piñas y agujas de pino, excepto allí donde las sombras era más densas. En esos lugares oscurecidos crecía una extraña especie de moho. El terreno estaba inundado aquí y allá de pequeñas charcas o fuentes, y en la humedad crecían extraños champiñones silvestres.

—Peg Bowen lo sabe todo —les dijo Peter—. Yo no sé dónde crecen todas las plantas, sólo algunas. Por ejemplo, puede hacer con pipa india una medicina para los ojos enrojecidos. Es esa extraña planta blanca, que parece un montón de champiñones colgando de una planta. Algunos la llaman «planta de cadáver».

—¿Por qué? —preguntó Sara.

—No estoy muy seguro. —Peter aminoró el paso—. Supongo que la llaman así porque es completamente blanca: tallo, hojas, todo. Como si estuviera muerta, como el cadáver de una planta verde.

—No estoy muy seguro de que esto de ver a Peg Bowen sea una buena idea —comentó Andrew.

Hablar de cadáveres, aunque fuese de plantas, estaba poniéndole nervioso.

—Ya es tarde —dijo Peter, deteniéndose y señalando a través de los árboles—. Ésa es su casa. Y si no me equivoco, ya sabe que estamos aquí.

La cabaña de Peg Bowen estaba en el centro de un pequeño claro. Era un caos de maderos. Por toda ella crecían flores y hierbas y las había a puñados al sol para secarse. Era la casa más pequeña que había visto Sara. No podía tener más de una pequeña habitación.

—Da escalofríos —dijo Andrew cuando se detuvieron en el borde del claro—. Desde luego me alegro de que sea de día.

Sara lo miró con aire ceñudo.

—Creo que has leído demasiados cuentos de Grimm, Andrew King. Esto no es la Selva Negra, y no somos Hansel y Gretel.

—Tampoco pienso meter la cabeza en su horno —comentó Andrew.

Peter cruzó el claro en dirección a la cabaña, seguido por Andrew y Sara, la cual se sentía completamente intrigada, como si la casa la llamase, y fuera a revelarles todos sus misterios.

La puerta se abrió justo antes de que llegasen, y una anciana surgió de ella.

Sara la estudió. Iba vestida con capas de ropa, tenía el pelo revuelto y su rostro curtido era una red de profundas arrugas. Sus ojos eran penetrantes e inquisitivos, e iban rápidamente de una persona a otra.

—Hola... Peg... —empezó a decir Peter.

Sara se sintió algo incómoda cuando los ojos de Peg Bowen se posaron en ella.

—Vaya, vaya. Me preguntaba cuándo vendrías a hacerme una visita, Sara Stanley.

Sara se sorprendió de que esa extraña mujer conociera su nombre. De hecho, parecía saberlo todo sobre ella. Era como si los agudos ojos de Peg Bowen pudieran ver a través de ella.

—¿Cómo sabe quién soy...? —aventuró Sara.

Pero Peg Bowen la interrumpió.

—¿Son éstos mis huevos, Peter? Veo que las gallinas han vuelto a poner.

—Sí, las gallinas están bien —repuso Peter, asintiendo. Se agitó inquieto antes de decidirse a ir al grano—. Queremos gastar una broma a Felicity y a Félix King. Necesitamos su ayuda.

Los ojos de Peg volvieron a Sara, y fue a ella a quien pareció dirigirse.

—¡Ah, sí! Esos niños de los King necesitan un escarmiento. Nunca se han portado bien con la vieja Peg... y tampoco lo hacen contigo —comentó.

Sara volvió a mirar a Peg Bowen, con los ojos muy abiertos.

—No queremos hacerles daño.

—Sólo queremos que se sientan igual que nosotras —añadió Andrew. Ya se sentía más valiente.

Peg rebuscó en un bolsillo y sonrió.

—Creo que tus primos deberían probar mis semillas mágicas. —Se inclinó hacia Sara—. Ya verás, Sara Stanley, que la magia de la mente puede ser tan potente como cualquier broma pesada.

Sara asintió y empezó a subir los escalones de la cabaña.

—¿Tiene encendido el horno? —preguntó de repente Andrew.

Peg Bowen no sonrió.

—El té ya está caliente, si te refieres a eso.

Tía Hetty se habría horrorizado al saber que Sara estaba tomando el té con Peg Bowen, pero en ese momento no tenía la menor idea de dónde estaba Sara.

—¡Le dije que viniera directamente a casa! —se quejaba Hetty—. Eso fue hace horas. ¿Es que esa chica no sabe escuchar? Menuda pregunta. Su madre tampoco escuchaba. Son como dos guisantes de la misma vaina.

—Estoy segura de que se ha olvidado de la hora que es. No quedan muchos días soleados, Hetty. Pronto hará frío. Déjala que disfrute. Ya vendrá. Después de todo, ayer también llegó un poco tarde.

—Me gustaría saber dónde se mete.

Olivia sonrió.

—Bueno, encontré flores frescas en la tumba de Ruth. Creo que debe ir por allí de cuando en cuando.

Hetty se volvió y miró a Olivia. Aunque la revelación de Olivia hizo que se avergonzase de preguntar por el paradero de Sara, no lo demostró.

—Bueno —dijo Hetty titubeante—, debería estar aquí a tiempo de cenar. —Se echó hacia adelante y descorrió la cortina para poder mirar por la ventana—. Se está haciendo tarde.

Olivia contuvo una sonrisa.

—¿Sabes?, si no lo supiera mejor, diría que estás preocupada por ella.

—¡Santo Cielo, aquí viene ya! —dijo Hetty irritada—. ¡Por Dios Santo! ¿Dónde está su vestido? ¡Viene en paños menores!

Sara entró en la casa, esperando no ser vista antes de poder lavarse adecuadamente.

—¡En nombre de la Providencia! —chilló Hetty—. ¡No, no me lo digas! ¡Puede que la gente de Montreal vaya por ahí en paños menores, pero no lo hace aquí en Avonlea!

Sara hizo una pausa, mirando primero a Hetty y luego a Olivia.

—¡Ve al cuarto de baño y ponte decente! —ordenó Hetty—. Y luego vuelve aquí a ayudar en la mesa.

Olivia olfateó el aire. Estiércol, pensó para sí. El penetrante olor era inconfundible. Sonrió a Sara y luego la sujetó firmemente por el hombro.

—Vamos al cuarto de baño —dijo, en cuanto Hetty no pudo oírles—. Por Dios, Sara. ¿Qué ha pasado? Creo que lo más adecuado es un baño, no un simple lavado. Prepararé la bañera.

—Creo que sí, que necesito un baño.

Olivia sonrió.

—Estoy segura de que será toda una historia, pero esperaré a que tú me la cuentes.

Sara asintió con la cabeza.

—Sí que lo es, y te la contaré. Pero, no hasta que no hayan pasado unos días..., no hasta que la historia tenga un final adecuado.

Capítulo trece

A las tres y media en punto, tía Hetty hizo sonar la campana que tenía sobre su mesa para desalojar la clase.

—¡No corráis! ¡Salid ordenadamente! —repuso en voz alta, pero era el único momento del día en que sus palabras eran en vano.

Los alumnos salieron ruidosamente del aula, empujándose y atropellándose como si la escuela se estuviera incendiando. Hetty suspiró tras mirar a la habitación vacía, y se sentó. Como siempre, tenía exámenes que corregir antes de volver a casa.

Afuera, la clase se dispersó rápidamente. Algunas niñas se fueron a saltar a la comba, algunos niños a jugar al escondite. Y había otros que empezaron a caminar lentamente de vuelta a sus casas.

—Y ahora recuérdalo —dijo Sara en cuanto Andrew y ella se alejaron unos metros de la puerta de la escuela, y tía Hetty no pudo oírles—, no saldrá bien a no ser que crean que están engañándonos.

—En estas cosas no soy tan bueno como tú —protestó Andrew.

—Estoy segura de que lo harás muy bien. Ahora procura que Félix y Felicity vean todos nuestros movimientos. En cuanto estemos cerca de ellos, tú te acercas a mí y me enseñas las semillas.

Andrew asintió, preguntándose si funcionaría ese plan tan bien trazado.

—Ahora —susurró Sara en cuanto vio a Félix y Felicity caminando detrás de ellos.

Andrew sacó del bolsillo el pequeño paquetito de semillas y Sara se le acercó. Hablaron con susurros entre ellos hasta que Félix se acercó dando saltitos, con Felicity detrás.

—¿Qué tenéis ahí? —preguntó Félix, alargando el cuello, con su cara convertida en una mueca por la curiosidad.

Andrew tapó rápidamente el saquito con la mano.

—Nada.

—Te he visto. Estabas mirando algo. ¿Qué era? —preguntó Felicity.

Sara cogió del brazo a Andrew.

—Vamos, Andrew. Vámonos.

Contuvo una sonrisa cuando Andrew soltó el saquito, como estaba previsto, y al caer al suelo se salieron unas semillas.

—¿Qué es eso? —preguntó Félix, agachándose.

Andrew se agachó rápidamente y tapó las semillas con la mano.

—¿Tú crees que vamos a decírtelo? —replicó rápidamente.

—Te crees muy listo —repuso Félix dando una patada al suelo con la punta de su gastado zapato.

Andrew alzó la mirada, dispuesto a aceptar el desafío.

—¿Sabes por qué soy tan listo?

Sara tiró con más fuerza de la manga de Andrew.

—Cállate. No les digas nada. Es nuestro secreto.

—¿Por qué? —preguntó Felicity con el ceño fruncido.

Andrew abrió las manos para mostrar el saquito de semillas mágicas.

—Por esto —dijo.

Sara dio una patada al suelo, con falso aire ultrajado.

—¡Oh, Andrew! ¡Estaba segura de que no sabrías guardar un secreto!

—¿Qué es eso? —preguntó Felicity, acercándose como si fuera a olfatearlo.

Andrew intentó hacer que su voz sonara lo más misteriosa posible.

—Semillas mágicas.

—No te creo. A mí me parecen vulgares semillas de pepino.

Sara se interpuso entre Andrew y Felicity.

—Eso es lo que son, Felicity. Vulgares semillas de pepino. Has sido muy inteligente al darte cuenta. No se te puede engañar.

Andrew fingió estar irritado y se negó a ceder, aunque Sara se lo pedía.

—Peg Bowen me las dio el día en que vine. Estaba en la estación, y me dijo cómo usarlas. Te comes una y pides un deseo, cualquier deseo, y éste se hace realidad.

—¡Andrew! —dijo Sara, tirando de él—. ¡No les digas nada más!

—¿Peg Bowen? —Felicity abrió mucho los ojos—. ¿La Peg Bowen de Avonlea? ¿La que vive en el bosque?

—¡La bruja! —dijo Félix, en un tono casi reverente.

—No te creo —repuso Felicity, aunque no con absoluta certeza.

—Muy bien. —Sara lanzó un profundo suspiro—. Muy bien, Andrew, quieres seguir andando. Ya has dicho más que suficiente. Después de todo, las semillas te las dieron a ti.

—Yo sólo sé que antes de tomarme esto, nunca pude recitar bien la tabla del doce —dijo Andrew, sintiendo cada vez más confianza en éste su primer papel de actor—. ¿Y te acuerdas del primer día de clase de Sara? ¡Ni siquiera sabía lo que eran las tablas! Pero al día siguiente se las sabía muy bien. Jamás había oído hablar de semillas mágicas, pero desde luego son mágicas.

—Entonces, déjame tomar una. La probaré. O mejor aún, que las pruebe Félix. Necesita más que nadie ser listo.

Andrew negó con la cabeza.

—¡Eh, que no se pueden tomar así como así! Hay que seguir las instrucciones.

—¿Qué instrucciones? —preguntó Felicity, con aire de sospecha.

—Tienes que tomar las semillas un viernes por la noche..., a medianoche en punto..., en el camposanto de una iglesia, cuando hay luna llena.

Felicity hizo una mueca.

—Eso es asqueroso.

Félix estaba que los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Y por qué tienes que tomarla en el camposanto?

Andrew volvió a usar su tono misterioso.

—¡Porque Peg Bowen dice que se necesita el resto de fuerza vital que queda en los huesos de los muertos!

Felicity irguió mucho la cabeza.

—No me pillarás creyendo en todas esas tonterías.

—Ni a mí tampoco —dijo Félix, volviendo a patear el suelo, para añadir luego entre dientes—: Aunque me gustaría que existiese algo así.

Andrew se metió el saquito en el bolsillo. Se encogió de hombros y abrió las manos de forma expresiva.

—Vale, vale. Siento habértelo contado.

Sara volvió a tirar de él, y esta vez Andrew la siguió.

—¡Te lo dije, Andrew! Ahora seguro que se lo cuentan a sus padres —dijo en voz alta—. Se nota en seguida que son unos cotillas.

—¡No lo somos! —dijo Félix a voz en grito.

Secretamente, pensaba en las semillas mágicas y en cómo podrían cambiarlo todo. Podría desear..., desearía ser listo, claro. Pero también podría desear ser mejor que Felicity, tener una nueva maestra que nunca le pusiera deberes, y no tener que hacer más trabajos en casa, y ser rico y poder ir al almacén general, y tener todos los dulces que quisiera...

—¡Félix! —gritó Felicity—. ¿Qué estás haciendo?

—Sólo pensaba.

Felicity también había estado pensando. Qué maravilloso sería poder tener todo lo que desease... Se volvió de pronto y echó a correr hasta coger a Andrew por el hombro.

—¡Perdona! Espera, no lo decía en serio. ¿Podrías darme algunas?

Parpadeó mirando a los ojos de Andrew y sonrió con dulzura.

Está flirteando, pensó Sara con satisfacción. Que Felicity se pusiera tan amable sólo significaba que quería de verdad las semillas, que quería usarlas.

—¡Por favor! —suplicó.

—¡Oh, vale! —cedió Andrew—. Pero recuerda que tienes que tomarlas un viernes a medianoche en el camposanto.

Separó cuidadosamente unas semillas para Félix y otras para Felicity.

—Si son mágicas de verdad —dijo Felicity en tono fanfarrón—, funcionarán sin tener que seguir tus estúpidas instrucciones. No me verás en ningún camposanto.

—A mí tampoco —añadió Félix.

Andrew volvió a mirar hacia atrás.

—Haced lo que queráis —dijo, apresurándose para alcanzar a Sara—. Ya os he explicado cómo usarlas. Si no las usáis como hay que hacerlo, sólo estaréis desperdiciándolas.

Saray Andrew siguieron caminando un rato, sin atreverse a mirar hacia atrás o decirse ni una palabra. Entonces Andrew, incapaz de aguantarse por más tiempo, miró hacia atrás.

—Se han ido —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

Sara se volvió para mirarlo. Se estrecharon las manos con fuerza y los dos se echaron a reír.

Cuando llegaron al camino que llevaba a Villarrosa, se separaron.

—Apenas puedo esperar al viernes —dijo Sara, sonriendo.

—Y yo —estuvo de acuerdo Andrew.

Sara recorrió saltando el resto del camino a Villarrosa. Se había reído y estaba divirtiéndose. Naturalmente, Félix y Felicity se pondrían furiosos, pero habían empezado ellos, y una vez Andrew y ella estuvieran en paz..., quizá entonces las cosas serían diferentes.

Cuando cenaba, una hora después, Sara miró fijamente la sopa mientras pensaba en su dulce venganza sobre Félix y Felicity. Recordando su juramento, Sara no se dirigió a tía Hetty, y, debido a su silencio, nadie habló mucho.

En este momento en particular, Peter, que normalmente comía con ellas, estaba sorbiendo ruidosamente la sopa. De vez en cuando le daba una patada a Sara bajo la mesa y sonreía.

Hetty miraba a uno y a otro con desmayo. Estaban intentando molestarla, decidió.

—No sorbas la sopa, Peter, o te encontrarás comiendo en el gallinero.

Puso su servilleta sobre la mesa y le miró con dureza.

Olivia se removió incómoda. Incapaz de soportar el silencio un segundo más, se volvió hacia Sara.

—Háblame de la escuela. ¿Has visto a Felicity?

—Sí —contestó Sara, no queriendo empezar una conversación en la que podría acabar interviniendo tía Hetty.

—Espero que lleguéis a ser grandes amigas... cuando os conozcáis mejor. Y yo tengo que conocer mejor a Andrew. Resulta difícil conocerle tan bien como te conozco a ti, claro, porque vive en la granja mientras que tú vives aquí. Janet dice que es un chico muy serio, pero eso no debería sorprender a nadie. Su padre también era muy serio. ¿Sabes, Sara? El padre de Andrew y tu madre nacieron el mismo día del mismo mes... y eran completamente opuestos..., como la noche y el día. Madre siempre decía...

Hetty meneó la cabeza en dirección a Olivia.

—¡Déjate de cháchara! Si comieses tan rápido como hablas, ya habrías acabado la sopa como todos nosotros.

Olivia se sobresaltó.

—Oh, cielos, disculpadme. No quería hacer esperar a nadie. Recogeré los platos.

La verdad es que apenas podía esperar una ocasión para evadirse.

Hetty miró a Sara.

—Sé útil en algo. Ayuda a tu tía Olivia a limpiar la mesa.

Sara se levantó y empezó a quitar los platos de la mesa. Pero se dio cuenta demasiado tarde de que los cuencos de sopa y los platillos no estaban correctamente apilados, y estuvo a punto de dejarlos caer a medida que los colocaba en la alacena.

—Ten cuidado, por favor —dijo Hetty—. La porcelana de la bisabuela Elizabeth se las ha arreglado para estar en la familia durante tres generaciones. Odiaría ver que tu torpeza acababa con su perdurabilidad. Ahora, ¿quieres traer el asado a la mesa?

Sara alzó la pesada bandeja del aparador.

Olivia se mordió el labio, inquieta.

—Oh, Hetty, creo que la bandeja pesa demasiado para ella. Deja que te ayude, Sara.

—Sara es perfectamente capaz de llevarla. Sé por experiencia que los niños sólo aprenden con la práctica.

La bandeja era pesada. No sólo el asado era muy grande, sino que además estaba rodeado por una abundante guarnición de patatas y verduras.

—Sí, ya va siendo hora de que Sara aprenda que eso de que te sirvan es la excepción, no la...

—¡Oh! —gritó Sara.

Había empezado a bajar la bandeja hacia la mesa cuando el asado resbaló saliéndose por el borde y yendo a parar al regazo de Hetty. Y lo que fue peor aún, la bandeja se le escapó de las manos, cayendo al suelo y rompiéndose en un centenar de pedazos.

—... norma.

Hetty acabó la frase y miró a la cena que tenía en el regazo.

—¡Oh!

Sara se sintió por un momento como si ella también fuera a caerse. Su rostro se volvió ceniciento. Entonces dio media vuelta y corrió escaleras arriba, con las lágrimas brotando ya de sus ojos. No había querido tirar el asado, ni romper la bandeja de la bisabuela.

Corrió hasta su habitación y la puerta se cerró detrás de ella. Se tiró a la cama, llorando.

—¡No hago nada bien! —dijo en voz alta—. Nada.

Aspiró aire por la nariz e intentó dejar de llorar, pero las lágrimas no dejaban de brotar. Nadie en Avonlea, excepto quizá tía Olivia, la quería de verdad. Era una molestia, una «responsabilidad y un deber». Y ahora había roto un importante legado de la familia.

Se levantó de la cama y fue hasta el escritorio. Empezó a escribir una vez encontró una hoja de papel y una pluma. No era la primera carta que escribía a su padre, pero sí la más desesperada.

Querido papá:

Por favor, por favor, ven a por mí y llévame a casa...

Sara se volvió bruscamente al oír el sonido de la puerta de su cuarto abriéndose. Hetty estaba allí, limpiándose todavía la salsa de la falda con un paño.

Hetty apretaba los labios con fuerza, pero Sara no pudo evitar notar que parecía más preocupada que furiosa.

—Es inútil llorar por la leche derramada, niña.

Las lágrimas de Sara fluyeron con más intensidad que nunca.

—Lo siento. Lo siento. No quería romper la bandeja de la bisabuela. Fue un accidente.

Hetty miró a su sobrina. Era tan parecida a su madre, pensó. Quería abrazarla, decirle que todo se arreglaría..., decirle que la quería. Pero no pudo. Hetty King se había pasado la vida conteniendo sus emociones, y en ese momento no pudo decidirse a romper la pauta.

Sara miró a la cara de Hetty y creyó que casi podía ver asomar una sonrisa a los labios de Hetty.

—Bueno, debo decir que me alegro de que no me tirases el asado encima a propósito —dijo Hetty—. Aunque se me escapa cómo puedes ser tan torpe —añadió.

Sara miró a Hetty a los ojos.

—Nunca antes tuve que servir a la mesa. Siempre lo hacían las doncellas.

—Estoy segura de que era así. Pero no encontrarás doncellas en Avonlea. Aquí las cosas son diferentes.

—No tiene que volver a repetírmelo —dijo Sara casi con un susurro, con las lágrimas volviendo a asomar a sus ojos—. Para usted sólo soy una responsabilidad —repuso, imitando el tono de voz que había oído a Hetty la noche en que ésta discutió con *nanny* Louisa.

—Ah —repuso Hetty, pareciendo entenderla, pero contradiciendo en seguida esa idea añadió—: No digas tonterías, niña.

—¡Es verdad! ¡Lo dijo usted! ¡Se lo dijo a *nanny* Louisa! —insistió Sara.

Hetty evitó su mirada por primera vez. Se sentó en el borde de la cama y movió la cabeza.

—Esa noche estábamos desprevenidas. Y, a veces, se dicen cosas que no se quieren decir.

Sara la interrumpió.

—Yo no encajo aquí. Puede enviarme de vuelta. ¡No tiene por qué cumplir con su deber!

Hetty alzó la mirada, y habló con voz firme.

—No tengo ninguna intención de enviarte a ninguna parte. Vas a estar aquí una buena temporada, jovencita; así que creo que ya va siendo hora de que encajes.

Una vez dijo esto, Hetty se levantó bajo la atenta mirada de su sobrina. Cogió la

carta del escritorio y la leyó, devolviéndola luego a donde estaba.

—Y escribir interminables cartas a tu padre no te ayudará en lo más mínimo. No sé por qué te molestas en hacerlo, ya que la Providencia sabe que quizá nunca le lleguen.

Sara enrojeció, y se secó las lágrimas de las mejillas.

—¡No me importa si le llegan o no! ¡Lo echo de menos! ¡Y quiero a mi *nanny* Louisa!

—Eres demasiado mayor para tener una niñera.

—¡No es una niñera! Es mi amiga. Mi única amiga.

Hetty volvió a sentarse en el borde de la cama y miró a Sara fijamente. Luego alargó el brazo y la tocó el hombro.

—Sara, no hay necesidad de semejante reacción.

Sara negó con la cabeza.

—No lo entiende. ¿Cómo podría entenderlo? ¿Nunca ha echado tanto de menos a alguien que algo en su interior parecía retorcerse y morir?

La pregunta de Sara había dado en el blanco. Hetty miró fijamente a Sara y su rostro se suavizó. Contuvo sus propias lágrimas. ¿Acaso Sara no lo sabía?

Por un momento, la niña creyó que su tía iba a echarse a llorar. Pero Hetty apartó la mirada al hablar.

—Sí. Eso fue lo que sentí cuando murió tu madre, ¿sabes? Yo la eduqué. Era más que una hermana, era como mi propia hija...

Hetty se levantó de repente y se alisó nerviosamente la falda.

—Así que —dijo, intentando disimular su inusual despliegue emocional—, cuando acabes tu carta, si es que debes acabarla, baja abajo. Quizá puedas leerme algo. Tenemos muchos libros interesantes en los estantes del recibidor, muchos de los cuales eran de tu madre.

Sara se dio cuenta de repente que había dejado de llorar. Resultaba evidente que la persona que era tía Hetty por fuera era muy diferente a la persona que era por dentro.

Hetty tenía su huesuda mano posada en el pomo cuando se volvió, y una extraña sonrisa en el rostro.

—Por cierto, la bandeja de la bisabuela no era una de mis favoritas.

Capítulo catorce

El viernes pasó con agonizante lentitud.

—¿Crees que irán? —preguntó Andrew cuando Sara y él volvían a la granja King al salir de la escuela.

—Estoy segura de que lo harán —le aseguró Sara.

Andrew sonrió.

—Estaré atento a que salgan, y luego lo haré yo por la ventana. Correré todo el camino para adelantarme a ellos. Cuando pase junto a Villarrosa aullaré como un perro. Entonces tú bajarás por el tejado y te reunirás conmigo junto a la iglesia. Llegaremos al camposanto antes que ellos. De este modo podremos oírlo todo y sorprenderlos.

—Dulce venganza —sonrió Sara—. Apenas puedo esperar.

Por fin se acercaba la hora de la venganza. Sara estaba en pie, completamente vestida, frente a su ventana abierta. Respiró profundamente mientras esperaba a Andrew.

Había pensado en ello los días anteriores. Algo había cambiado entre tía Hetty y ella la noche que rompió accidentalmente la bandeja. Aunque no sabía el qué. Tía Hetty seguía dándole ordenes y regañándole a la primera oportunidad. Esperaba mucho de ella y, como le había prometido, en la escuela la trataba exactamente igual que a los demás niños. Pero aún así...

Sara suspiró. Suponía que lo que había cambiado era que ahora sabía que tía Hetty se preocupaba de verdad por ella y que, pese a ser tan estricta, Hetty era una persona con sentimientos de verdad.

Sara se apoyó en la ventana, y estaba a punto de aspirar otra bocanada de aire fresco cuando oyó una suave llamada en la puerta. Se metió en la cama de un salto, vestida y todo, y se subió las mantas hasta la barbilla.

—Sara, ¿estás ya en la cama, querida? —preguntó suavemente la voz de Olivia.

—Sí, tía Olivia.

—Pues apaga ya la luz. Dentro de un momento vendré a arroparte.

Los pasos de Olivia se alejaron un momento, pero volvieron pocos segundos después, abriendo la puerta y entrando quedamente en el cuarto de Sara.

—Brrrr..., qué frío hace aquí —dijo Olivia, acercándose a cerrar la ventana.

—Estaba respirando el aire de la noche —se justificó Sara—. Tenías razón, puedo oler el océano.

Olivia sonrió.

—Supongo que es el viento. Y hay luna llena. Las mareas son muy altas en esta época del año, y sobre todo cuando hay luna llena. Siempre me parece que cuando hay marea alta el océano huele más salino... o puede que sean las algas que llegan a la playa...

—¿Es luna llena? —preguntó Sara. Apenas podía contenerse.

Olivia siguió mirando por la ventana.

—Oh, sí que la hay. Hay una gran luna llena, y acaba de salir de entre las nubes.

—Bien —dijo Sara cuando Olivia apagó la lámpara.

En la penumbra que proporcionaba la lámpara del vestíbulo, Olivia se acercó a la cama y besó a Sara en la frente.

—Buenas noches y dulces sueños.

—Buenas noches, tía Olivia.

Sara se encogió bajo las sábanas y esperó durante lo que pareció una eternidad. Por fin salió de la cama en silencio y se incorporó. Estaba a medio camino de la ventana cuando oyó más pasos en el pasillo.

—Tía Hetty —murmuró entre dientes, y volvió rápidamente a la cama y a las pesadas mantas.

—Buenas noches, Sara —aventuró Hetty, quedándose junto a la puerta.

—Buenas noches, tía Hetty.

Hetty entró de puntillas en la habitación, con una lámpara en una mano y un libro en la otra.

—Encontré un libro que podría gustarte... —dijo, bajando la luz de la lámpara—. Era el favorito de tu madre. Llevo días buscándolo.

Sara miró al libro que sostenía Hetty. Si sacaba la mano para cogerlo, se le vería la manga.

—Gracias. ¿Puedes ponerlo allí, en la mesa, por favor?

Hetty dejó el libro y se sentó en el borde de la cama.

—Sara, no quiero que pienses que soy una mujer sin compasión. —Hizo una pausa antes de continuar—. Me doy cuenta de lo difícil que debe ser para ti salir de un sitio tan sofisticado como Montreal y venir a... a Avonlea...

De pronto, Hetty se interrumpió y escuchó.

—¡Cielo santo!, ¿qué es eso?

Sara se obligó a abrir mucho los ojos.

—¿El qué? —preguntó.

—Ese ruido —dijo Hetty, levantándose y dirigiéndose a la ventana—. Parece un perro enfermo.

—Igual es un lobo —sugirió Sara.

—Aquí no tenemos lobos —repuso Hetty mirando hacia la oscuridad, y luego agitando la cabeza irritada—. Debe ser uno de los perros de los vecinos. Tendré que hablarles de ello. No quiero animales extraños vagabundeando en medio de la noche. Asustan a las gallinas, y si las gallinas se asustan dejan de poner huevos.

Hetty se apartó de la ventana y volvió a la cama de Sara.

—Cielo santo, estás toda colorada. —Puso una mano en la frente de su sobrina—. Y muy caliente. ¿No tendrás fiebre?

—Estoy bien, tía Hetty —dijo Sara todo lo rápido que pudo.

—Quizá deberíamos quitarte estas mantas...

—¡No! No es eso. Siempre me pongo colorada cuando estoy cansada. *Nanny Louisa* podría decírtelo.

Hetty se levantó y asintió.

—Bueno, entonces debes dormir algo. Ya hablaremos en otra ocasión. —Titubeó un momento, y luego le tocó suavemente el hombro—. Buenas noches, Sara.

Sara miró a los ojos ahora húmedos de su tía.

—Buenas noches, tía Hetty —dijo, lamentando de verdad que no hubieran hablado. Pero esa noche, se recordó, era una noche que pertenecía a Félix y a Felicity.

En cuanto Sara oyó a Hetty bajar las escaleras, salió de la cama y corrió a la ventana. La abrió lo más silenciosamente que pudo y salió al tejado ligeramente inclinado de fuera. Se arrastró por él hasta la parte de atrás de la casa y se dejó caer, casi en silencio, hasta el techo del porche trasero. Por allí resultaba muy fácil bajar por las enredaderas hasta el jardín de atrás. Una vez en el suelo, Sara echó a correr. La luna y las estrellas proyectaban tanta luz sobre el paisaje que casi parecía tan luminoso como de día.

La gran luna anaranjada recortaba la alta torre de la iglesia, pero el camposanto de la iglesia estaba oscuro. Estaba circundado por altos árboles y guardado por bajos rosales. Por entre los árboles casi desnudos se filtraba luz suficiente como para proyectar largas y siniestras sombras entre las hileras de lápidas. Una ligera brisa soplaba por la esquina de la iglesia, pero podría haber sido el canto de fantasmales espíritus, pensó Sara mientras se arrastraba por ella.

—Sara —siseó una voz en la oscuridad. A Sara casi se le salió el alma del cuerpo antes de darse cuenta de que era Andrew—. He venido corriendo por el atajo. Llegarán en cualquier momento.

Tiró de Sara, arrastrándola tras él y se ocultaron detrás de una enorme lápida.

Sara se estremeció de contento. Era la experiencia más vivificante que recordaba. Nunca había salido sola de noche, y mucho menos estado en un camposanto durante la luna llena. Quizá éste fuera el principio de su gran aventura...

—Ahora llegarán —dijo Andrew, dándole un codazo a su prima.

—Creía que no podría salir nunca —susurró Sara—. Tía Hetty te oyó aullar. Dijo que parecías un perro enfermo.

Andrew sonrió, y luego apretó los labios.

—¡Chsst! Aquí vienen.

Félix, Felicity y Cecily se acercaban al camposanto en la oscuridad, llevando cada uno una linterna.

—No debí traerte —se quejó Felicity, volviéndose para mirar a Cecily, que se agazapaba detrás de ella.

—No teníais que haberme traído. Bastaba con que me dijeras lo que teníais en la bolsa y a dónde ibais.

—Se lo habrías contado a mamá. No eres más que una chivata.

Cecily ignoró a su hermana.

—¿Qué es lo que vas a desear, Felicity? Yo iba a pedir tener el pelo rizado, pero creo que ahora me gustaría ser valiente. ¿Tú crees que los huesos de los muertos tienen energía como dice Andrew?

—¡Chsst! —ordenó Felicity.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Félix, con terror en la voz.

Se paro tan en seco que sus hermanas estuvieron a punto de chocar con él.

—Pa... parecía como la respiración de alguien —dijo Felicity, asustándose a sí misma.

—Tengo miedo —gimió Cecily—. Quiero irme a casa antes de que salgan los fantasmas.

—¡Cállate! —volvió a ordenar Felicity.

Entonces se incorporó y abrió con cuidado el saquito. Se llevó unas semillas a la boca e hizo una mueca horrible.

—¡Puaaajj! Saben muy mal.

—Haz el deseo, haz el deseo —la apresuró Félix.

Felicity miro a la luna y se echo a temblar.

—Quisiera ser tan bonita como la señora que sale en la cubierta de la *Family Guide*.

Félix hizo una mueca de disgusto.

—¿Qué clase de deseo es ése?

Sara tuvo que llevarse la mano a la boca para no reírse, y Andrew sonrió y miro al cielo, apenas capaz de contenerse.

—¿Qué pasa aquí? —tronó una voz de adulto en la oscuridad.

Felicity, Félix y Cecily se quedaron helados donde estaban.

A la luz de la luna, la sombra del agente Abner Jeffries parecía la de un gigante. Dio una gran zancada hacia adelante y cogió a Andrew, que estaba escondido tras una lápida situada a su izquierda.

—Y tú no te muevas, jovencita —dijo a Sara con dureza, que seguía al lado de Andrew.

—Y ahora, iremos todos en fila india a Villarrosa, donde explicaréis lo que estáis haciendo aquí —anunció Jeffries.

—Todo es culpa tuya, Félix —se quejó Felicity.

—¿Culpa mía? Pero si ni siquiera he pedido mi deseo.

—Ojalá se lo hubiera dicho a mamá —comentó Cecily.

—Caminaremos en silencio —anunció Jeffries—. En el más completo y absoluto silencio.

Fue tía Hetty quien abrió la puerta. Su pelo, normalmente peinado en un rígido moño, estaba suelto y sujeto detrás de la cabeza. Parecía una cola de caballo. Llevaba un largo camisón rojo, y encima del mismo un larga y gruesa bata de lana.

Olivia se asomaba curiosa desde detrás de Hetty. También llevaba una bata de lana, pero tenía el pelo peinado en dos largas coletas.

—¿Qué pasa aquí, en nombre de Zeus? —dijo Hetty molesta, al ver a sus sobrinos y sobrinas.

—Será mejor que pase a explicárselo —repuso el agente Jeffries, haciendo entrar a su reticente banda de prisioneros.

En ese momento apareció el tío Alec con su coche de caballos. Resultaba evidente que se había vestido a toda prisa, porque se había puesto al revés su camisa de franela roja.

—El reverendo Leonard me ha dicho que viniese cuanto antes —dijo, callándose al ver a sus hijos—. Vaya, ¿qué tenemos aquí? —preguntó con dureza al reunirse con ellos en la puerta.

Hetty y Olivia se apartaron para dejar pasar a Alec, y todos se reunieron en el salón. La tía Hetty encendió la lámpara. Pareció que la luz soltó la lengua a todo el mundo, porque todos empezaron a hablar a la vez.

—Nos tiraron al estercolero, así que estábamos desquitándonos —dijo Andrew.

—Y se creyeron que las semillas que nos había dado Peg Bowen eran mágicas de verdad —dijo Sara, sonriente pese a que la hubieran cogido.

—¡Yo no me lo creí! —contestó en seguida Felicity—. Todo es por su culpa. Nos corrompieron.

—Yo ni siquiera quería ir —se quejó Cecily.

—Y yo no pedí mi deseo —se lamentaba Félix.

—Sigues sin enterarte, estúpido —le soltó Felicity.

—Damas y caballeros —dijo sonoramente Abner Jeffries, por encima del estrépito de acusaciones y explicaciones—. Si me permiten hablar. La verdad es que al reverendo Leonard no le ha gustado ser despertado por estos vándalos, que fueron cogidos con las manos en la masa en el cementerio de la iglesia con linternas y todo. Debo decir, señorita King, que estoy cansado de que me saquen de la cama a todas horas para ocuparme de los asuntos de su familia.

Hetty le miró, y resultó obvio para todos los que le conocían que la ira se estaba almacenando en su interior. Estaba muy tiesa.

—Estoy seguro de que saben que la ley prohíbe profanar las propiedades de la iglesia. Es un delito grave, y debo añadir que no es un delito que la ley trate a la ligera —continuó diciendo Jeffries.

—No estábamos pro... pro... fa... nando nada —gimoteó Félix.

Alec King se levantó.

—A todos nos han sacado de la cama, Abner. Olvidemos las formalidades para que todos podamos dormir algo, ¿quiere?

Hetty se levantó del sillín del piano en el que había estado sentada desde que entraron en el salón.

—Tienes razón, Alec. Esto es un asunto de familia y, Abner, será la familia quien

se ocupe de él, y no la ley. Y ahora, a no ser que tenga algo más que decir, le sugiero que vuelva a su casa. No tengo ni la menor intención de que pierda más sueño por nuestra culpa —dijo con sarcasmo.

Jeffries miró a los niños, luego a Alec, luego a Hetty y finalmente se encogió de hombros. Sabía que no le convenía discutir con Hetty King.

—Buenas noches —murmuró, yéndose a toda prisa.

Alec King se frotó pensativo la barbilla.

—Ven a la cocina, Hetty. Creo que se me ha ocurrido el castigo ideal para nuestra banda de bribones.

Hetty asintió.

—Y tú, Sara Stanley, vete directamente a la cama.

Alec asintió con gesto adusto.

—Vosotros cuatro esperad en el coche —le dijo a Felicity, Félix, Cecily y Andrew.

Capítulo quince

La parte del granero, donde habían caído Andrew y Sara cuando fueron engañados por Felicity y Félix, estaba llena de estiércol, plumas de gallina y heno. Rastrillarla y limpiarla era un trabajo oloroso, sucio y muy guarro. Y, de hecho, rastrillarlo era el castigo que Alec King había considerado apropiado.

Andrew no iba vestido con sus habituales pantalones de *tweed*, sino con un mono azul desteñido y una simple camisa azul. Félix iba vestido de forma casi igual, salvo por el hecho de que su mono tenía un siete en la rodilla y llevaba una camisa roja. Las tres niñas se habían puesto sus vestidos más viejos y todos llevaban altas y desmañadas botas de goma.

—Nunca perdonaré a papá por considerar esto un castigo adecuado —se quejó Felicity, mientras alzaba una pala con algo de porquería y la arrojaba afuera.

—No terminaremos nunca si eso es todo lo que sacas con cada palada —se quejó Andrew, horca en mano.

Félix miró furioso a Andrew.

—Todo es culpa tuya. Tú y tus semillas mágicas.

—Te lo merecías —comentó Andrew.

—Ojalá os volvierais al sitio del que venís, so sabihondos —siseó Félix.

—Dejasteis bien claro el día que llegamos que queríais que nos fuéramos —repuso Sara mirando a Félix y a Felicity.

—Bueno, tú dejaste bien claro que no querías estar aquí. No éramos lo bastante buenos para ti, doña Remilgos —contraatacó Felicity.

—Yo nunca dije eso —repuso Sara. Miró atentamente a Felicity y se preguntó si su prima pensaba eso de verdad.

—Los dos habéis causado problemas desde el día en que llegasteis —acusó Felicity.

—No lo hemos hecho —contrarrestó Andrew.

—Y fuisteis vosotros quienes empezasteis —señaló Sara.

Felicity se irguió desafiante tras su pala.

—Sí, claro, doña Todopoderosa. ¡Exhibiéndote con tus vestidos de encaje, y mirando por encima del hombro! Bueno, pues quizá eso cambie cuando tu padre esté entre rejas.

El rostro de Sara se encendió por la furia.

—¡No te atrevas a decir eso! —Furiosa, le arrojó a Felicity su propia paletada de porquería—. ¡Yo nunca diría nada así de tu padre!

—¡Dos pueden jugar a lo mismo! —contestó Felicity, arrojando a Sara su heno sucio. Pero tiene razón, pensó. Si Sara hubiera dicho algo así sobre su padre, también se habría puesto furiosa.

—¡Quietas! ¡Quietas! —gritó Cecily.

Pero en el momento que habló, tanto Felicity como Sara le arrojaron heno.

Entonces, durante un segundo, nadie tiró nada, pero las tres niñas se echaron a reír.

—Di que lo sientes —le dijo Sara a Felicity, mientras más porquería volaba por el aire. Y, entonces, sin poderse contener, empezó a reírse.

—Lo siento, lo siento. Ahora di tú que lo sientes —contestó Felicity, deshaciéndose a su vez entre risas.

—Muy bien, yo también lo siento —repuso Sara riéndose.

Andrew arrojó entonces heno a Félix, y Félix hizo lo mismo contra él. Un instante después los dos rodaban por el suelo, luchando y riendo al mismo tiempo. En el heno, Cecily y Sara sujetaron a Felicity boca abajo y le hicieron cosquillas mientras le metían paja sucia por el vestido.

—¡Os cogeré! —gritó Felicity entre espasmos de risa.

Sara echó más paja a la cara de Felicity y volvió a reírse. Nunca, en toda su vida, había tenido este tipo de diversiones.

—¡Niños!

La preocupada voz de Olivia detuvo de golpe todos los actos y risas. Y, por una vez, Olivia les miró con desaprobación. Entonces se volvió hacia Sara con una mirada preocupada en la cara.

—Hetty acaba de recibir una carta de Montreal, Sara. Y también ha venido una para ti —dijo, enseñando la carta.

—¡Es de papá!

Sara se puso en pie de un salto y cogió rápidamente la carta. Las letras bailaron ante sus ojos.

—¿Pasa algo? —preguntó Andrew preocupado.

Sara apartó los ojos de la carta.

—Mi *nanny* Louisa ha vuelto a Inglaterra a cuidar de su hermana, que se ha puesto enferma. No está en Montreal para cuidar de mí. Papá dice que puedo volver a casa, pero que no sabe cómo podrá cuidarme. Dice: «Te echo terriblemente de menos, y te querré siempre, tanto si decides venir como si no. Por favor, ten la seguridad de que pronto volveremos a reunirnos. Papá».

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Andrew. Se calló, a punto de decir que quería que se quedase.

Cecily se acercó hasta Sara y la cogió de la mano.

—Quédate, Sara, por favor. Lloraré si te vas.

Felicity, con el rostro encarnado y sucio, removió el heno con los pies.

—No tiene por qué irse. Su padre dice... que puede quedarse si quiere.

Sara miró a sus primas e intentó pensar..., tenía mucho en qué pensar. Se volvió hacia Olivia.

—¿Puedo irme ya a Villarrosa?

—Desde luego —asintió Olivia, y luego miró a los demás—. Hablaré con Alec y con Hetty. Podréis continuar otro día con el castigo. Id a lavaros.

Olivia cogió a Sara de la mano y empezaron a caminar hacia Villarrosa.

—Sara, tienes que decidirlo tú, pero quiero que sepas que te echaré terriblemente de menos si vuelves a Montreal.

—Puede que tía Hetty se alegre de dejar de verme. Le he causado muchos problemas —comentó Sara. Sabía que no era verdad, pero quería asegurarse.

—No juzgues a Hetty por las apariencias, Sara. No es lo que parece. Tienes una gran perspicacia natural, y Hetty admira eso. Sé que también te echará de menos, pese a que no quiera aparentarlo.

Sara alzó la mirada y se dio cuenta de que Olivia estaba llorando. Se detuvo en el porche y la abrazó con fuerza.

—Ella también era muy perspicaz. Oh, Sara, quédate, por favor. Perteneces a este sitio.

Sara no lo dijo, pero en el granero, cuando jugaba con sus primas, se había sentido, por primera vez, parte de una verdadera familia, una familia con tíos, tías y niños. Sara se había sentido aceptada, aunque siguiese sin entender del todo a sus primos. Pronto se daría cuenta de que, aunque ellos se burlasen de ella y ella de ellos, el círculo se cerraría aún más y se defenderían como una familia contra los extraños.

Pero en ese momento ya sabía lo suficiente. Había sentido la maravillosa sensación de pertenecer a algo y, a decir verdad, ya había tomado una decisión. Sara volvió a abrazar a tía Olivia, se separó de ella y entró en la casa.

Hetty estaba en el salón.

—Bueno, Sara Stanley, parece que voy a perder un alumno —dijo, tras aclararse la garganta—. Y además uno que ha resultado ser un buen estudiante.

Sara miró fijamente a los ojos de su tía.

—Me quedo —anunció.

—Estoy segura de que querrás irte en cuanto...

Hetty se interrumpió y, miró a su sobrina.

—He dicho que me quedo —repitió Sara.

Hetty parpadeó, la miró fijamente, y Sara creyó ver como se le nublaban los ojos.

—¿Estás llorando? —preguntó casi en un susurro.

Hetty meneó la cabeza e intentó mirar a otra parte.

—¡Por supuesto que no! ¡Estaba pelando cebollas! O puede que sea por el estiércol. Ahora escúchame, Sara Stanley. No llenes la casa de esa porquería. Anda, ve a lavarte, y luego recoge lo que dejaste esta mañana tirado por aquí. Y recuerda que no pienso mostrar contigo...

Sara sonrió y, de pronto, abrazó a tía Hetty.

—Lo haré lo mejor que pueda —prometió.

Y entonces, para que Hetty no la viese llorando, Sara salió corriendo a lavarse en la bomba de agua.

Una fría brisa agitó los rosales silvestres a medida que bombeaba el agua y se lavaba cara y manos. Respiró profundamente y miró hacia el mar.

—Huele maravillosamente bien, mamá... Creo que me gusta este sitio —

murmuró, sonriendo a continuación—. Tu familia tampoco está mal, mamá..., en cuanto se la conoce.

Notas

[1] Juego de palabras entre Hallowed, bendito, y Halloween, fiesta de Todos los Santos americana. (*N. del T.*) <<